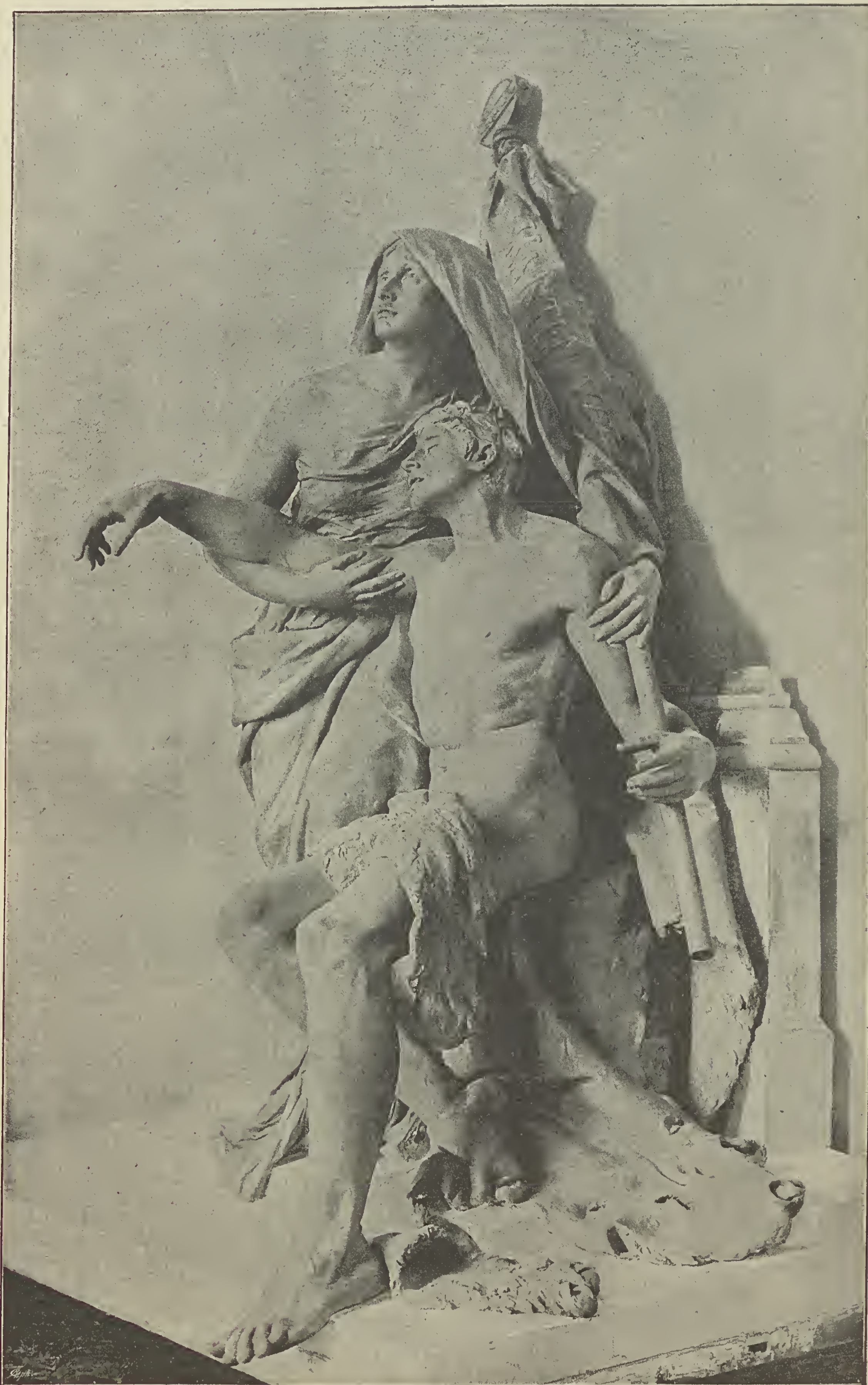
La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 9 de marzo de 1891 — Núm. 480



GUERRERO MORIBUNDO, obra del escultor Jorge Zala

Grupo alegórico del monumento erigido en Arad á la memoria de los trece mártires de la Libertad

SUMARIO

JORGE ZALA Y EL MONUMENTO DE ARAD

Hungría es pobre en monumentos notables, y los pocos que allí existen álzanse, no en la capital, sino en las apartadas ciudades de las provincias: tal sucede con el del general Bem, uno de los héroes del grandioso período de 1848, que se levanta en Maros-Vasarhely; tal con el erigido y ha poco inaugurado en Arad en honor de los trece mártires de la independencia.

Este último, que es sin duda la mejor obra de la escultura monumental húngara, fué modelado en un principio por Adolfo Huszar, á cuya muerte confióse la dirección y ejecución del monumento á Jorge Zala, con amplias facultades para, sin salirse de las líneas principales del primitivo proyecto, realizar á su gusto el trabajo que se le encomendaba. Zala, con su privilegiado talento, supo fundir en su propio pensamiento el pensamiento de su antecesor, transformándolo, embelleciéndolo, dándole más grandiosidad é imprimiéndole carácter más adecuado á la idea que conmemoraba; de modo que el monumento, tal como hoy se admira, puede con razón ser considerado como creación genuinamente suya.



Retrato del escultor Jorge Zala, autor del monumento de Arad

He aquí ahora la descripción del monumento.

Sobre un amplio zócalo, en cuyos lados y en sendos medallones se ven los bustos en relieve de los trece generales á quienes está dedicado el monumento, descansa una escalinata de la que surge un elevado pedestal coronado por la estatua colosal de Hungría.

Cuatro grupos alegóricos rodean la escalinata: el primero representa *el despertar de la libertad*; el segundo *la lucha*; el tercero *la abnegación*, y el cuarto *un guerrero moribundo*; y en todos ellos se adivina el genio del autor y el sello de su marcada personalidad.

Lo propio acontece con la estatua de Hungría. Huszar la había ya modelado en yeso; pero Zala, comprendiendo que la obra de su antecesor no guardaba la conveniente armonía con los grupos por él cincelados y que presentaba demasiados puntos de semejanza con todas las obras análogas, como la Bavaria, el Austria, etc., por medio de las cuales suele convencionalmente representarse á las naciones, la modeló de nuevo y consiguió realizar una obra por todos conceptos notable. La Hungría de Zala expresa por modo admirable el carácter húngaro, que es lo que principalmente quiso el escultor imprimirle, reflejado en la expresión resignada de su rostro, en la nobleza de su actitud y en el sello nacional que llevan todos los objetos ó joyas que constituyen los accesorios de la figura: así la espada en que se apoya, el casco que ciñe su cabeza y la corona que en él ostenta son reproducción respectivamente de la espada que en Hungría es considerada como la del primer rey, del casco que usaban los guerreros de la famosa hueste negra del rey Matías y de la corona que llevó en sus sienes santa Margarita, hermana del rey Bela IV.

Como obra plástica, el monumento reune todas las condiciones que en una obra de tal naturaleza se exigen: expresa con perfecta claridad el pensamiento en que está inspirado; los hermosos contornos atestiguan el respeto del autor hacia las eternas leyes del arte, y las grandes dimensiones en nada debilitan el sentimiento que la nación quiso manifestar al erigirlo. Y no sólo como composición, sino que también desde el punto de vista de la ejecución artística, el monumento que nos ocupa merece ser considerado como obra maestra; pudiendo sin vacilar afirmarse que es el primer monumento húngaro en que el artista ha logrado por completo armonizar la realidad viva con lo colosal de las proporciones.



VISTA GENERAL DEL MONUMENTO DE ARAD, obra de Jorge Zala

Digamos algo acerca de su autor.

Jorge Zala pertenece á la nueva generación de artistas húngaros. Comenzó sus estudios en Buda-Pest, en medio de las mayores privaciones; y gracias al apoyo de algunos parientes suyos ricos, consiguió una pensión del Estado, marchando entonces á Viena y más tarde, en 1880, á Munich, en donde dirigido por el ilustre profesor Syrius Eberle alcanzó completo desarrollo su preclaro talento. Su primera obra, titulada *Fél a baba* (La niña se espanta), que mereció los más entusiastas elogios de la prensa de la capital bávara, fué considerada como un portento de originalidad y de precisión en el modelado.

De sus manos salió luego el grupo *María y Magdalena* (que uno de nuestros grabados reproduce), que representa á la Madre de Dios en actitud de levantar y consolar á Magdalena postrada de hinojos á sus pies. Ambas figuras son un prodigio de sentimiento: el semblante de la Virgen refleja una admirable mezcla de bondad y de compasión, y en el de la pecadora se lee la expresión del dolor infinito y del sacrificio de todos los goces humanos. En las líneas de la composición hay gracia y esbeltez que en nada perjudican al carácter monumental de la obra plástica.

Después de *María y Magdalena*, su primer trabajo grandioso fué la estatua arrodillada del palatino José, que ejecutó por encargo del archiduque José para la capilla de Alcsuth. El propio archiduque le encargó el busto de la archiduquesa María Dorotea, que Zala modeló imprimiendo en el retrato el sello de nobleza que tanto realzaba las hermosas facciones de la hija del duque de Wurtemberg.

Posteriormente ha modelado una porción de retratos á cual más interesantes, de los que unos fueron la admiración de los que visitaron la Exposición de la Sociedad húngara de artes plásticas, y otros cautivan todavía á los que concurren á su magnífico estudio.

Al propio tiempo que el monumento dedicado á los mártires de Arad, terminaba en su taller el ilustre artista otro, si no tan grandioso, no menos bello: el que ha de erigirse en una de las principales plazas de Buda en honor de Honved. Esta obra, como todas las de Zala, interesa por su noble sencillez: en un zócalo que representa una brecha en un baluarte de la fortaleza, álzase la figura de Honved apoyando un pie en el cañón y tremolando en su mano izquierda la bandera de la guerra: el joven héroe, como lo indica el pañuelo que lleva atado en la frente, está herido; pero en sus ojos brilla, á pesar del dolor, un rayo de alegría porque puede clavar en los muros de la conquistada fortaleza el signo de la victoria, la bandera nacional. Encima del joven Honved vuela un genio que ostenta una corona en su mano.

Esta es la última obra de Zala, á la que es de esperar seguirá una larga serie de brillantes creaciones.

En el joven artista húngaro se aunan todas las condiciones necesarias para que sus trabajos se perpetúen al través de los tiempos. Una fantasía ardiente, un sentimiento profundo, una claridad excepcional en la concepción, un exquisito sentido de las formas, una sencillez extraordinaria en la ejecución, son las cualidades más salientes de su envidiable genio artístico.

Y por encima de todas éstas tiene una ambición noble que le guía en todos sus trabajos y que sirviendo de poderoso acicate á sus talentos le conduce á pasos agigantados al templo de la gloria, término de las más levantadas aspiraciones y merecido premio de los que á la admiración y difusión de la belleza se consagran.

Como hemos dicho al principio, en Hungría escasean los monumentos que perpetúen el recuerdo de ilustres hombres ó la memoria de grandes hechos. El héroe de la guerra de la Independencia Francisco Rakoczy II se ha visto hasta ahora privado, quizás por causas políticas, del homenaje que ansía tributarle el pueblo húngaro. Lo propio acontece con Matías Corvinus, el que fué de hecho rey de Hungría; pero respecto de éste la pobreza de los proyectos hasta ahora presentados disculpan la falta.

Quizás el monumento de Zala, revelando un genio digno de tamañas empresas, abra el camino de la reparación de tales omisiones ó injusticias.

T. S.

EL LIBRO DE MR. GUYAU

Entre los libros que recientemente e han publicado sobre cuestiones de stética, es uno de los más notables que ha visto la luz pública en la *Bibliothèque de Philosophie*, con el tílo de *Les problèmes de l' Esthétique ntemporaine*, debido al insigne escrior y pensador originalísimo Mr. Guau, autor de otras obras notables, como *La moral de Epicuro* y *La moral nglesa.*

Ya en el prefacio indica el objeto e su notable estudio. La ciencia, die, tiende en nuestros días á invadir odo el dominio intelectual. El ser humano había vivido hasta aquí de res grandes elementos: la religión, la moral, el arte. Pero el espíritu científico, ensoberbecido con sus triunfos, no se contenta con imperar en su tereno propio, sino que cediendo á la ey fatal de la conquista aspira á dominar territorios ajenos y á todas partes llega y en todas partes impone vasallaje ó reclama tributo. Destruyó las bases de diversas religiones, agrega Mr. Guyau; ataca hoy los principios más generalmente admitidos de la Moral, y no muestra señales de respetar la esfera celeste del arte, último refugio del sentimentalismo.

Y sin embargo, estas invasiones de la ciencia son inevitables, y si la Moral ha de fundarse sobre bases científicas y si el arte ha de tener una Estética, ¿qué otro remedio hay sino que la ciencia llegue al arte y á la Moral? La cuestión está en ver de qué manera llega.

Mr. Guyau divide su obra en tres libros, que tratan sucesivamente *del principio del arte* y *de la poesía, de su porvenir* y *del porvenir del verso*, abordando en estas tres secciones multitud de problemas, como, por ejemplo, la teoría general de la belleza, la emoción estética, el arte y la belleza ante la estadística y la fisiología, el arte y la democracia, el arte y la industria, la imaginación, el espíritu científico, la evolución de los sentimientos, el ritmo, la teoría romántica del verso, los metros nuevos y el pensamiento y la versificación.

Basta recorrer esta lista incompleta de las materias contenidas en la obra del insigne escritor francés, para que, por decirlo así, se abra el apetito de los aficionados á esta clase de estudios. En unos el simple enunciado de los problemas será motivo de grandes esperanzas; en otros sólo los títulos que hemos copiado á capricho, omitiendo otros muchos, serán causa de escándalo; pero á unos y á otros daría que pensar el libro de Mr. Guyau si lo leyesen.

Se trata de un escritor independiente, de un espíritu elevado, de un observador profundo: podrá á veces equivocarse, pero no se equivocará como el vulgo, diciendo vulgaridades, ni se contentará con ir por el surco que abrieran en este campo sin límites de los problemas estéticos los que le precedieron en la difícil y peligrosa labor.

A pesar del carácter positivista que, como ahora se dice, informa todo el libro, Mr. Guyau manifiesta tendencias poéticas, sentimentales y hasta metafísicas, y su estilo es elegante y coloreado aunque firme y conciso.

Pasó el tiempo, dice con tristeza, en que los grandes artistas creían, como en artículo de fe, en el carácter *serio* y *profundo* del arte; en que para ellos valía más y era más verdadero y más importante que la realidad misma; en que para los místicos de la belleza artística, el arte era una especie de culto; en que Beethowen al escuchar interiormente sus admirables sinfonías, creía, según él mismo confiesa, que Dios le estaba hablando al oído; y sin duda, á los ojos de Miguel Angel, los frescos, de que iba cubriendo su genio portentoso la *Capilla Sixtina*, eran una nueva consagración á su modo tan augusta como la del sacerdote.



MONUMENTO DE ARAD. – LA ESTATUA DE HUNGRÍA

Y más adelante, al empezar el libro que trata *del principio del arte y de la poesía*, deja Mr. Guyau hablar á su corazón de este modo:

Observaba, dice, días ha á un niño jugando en una habitación casi cerrada: un rayo de sol pasaba por un resquicio de la ventana, dibujando á través del espacio una banda luminosa. Corrió el niño hacia el blanco fantasma, quiso cogerlo entre sus manos, y entre sus manos se deshizo una y otra vez, sin que consiguiera asirlo.

La columna de luz, según parece, sólo estaba en sus ojos, no en la realidad.

La humanidad, prosigue Mr. Guyau, ha hecho en el transcurso del tiempo muchos descubrimientos análogos, y ha sufrido muchos desengaños parecidos.

Y aquí empieza nuestro autor á exponer la teoría de la belleza, según la escuela *evolucionista*. Para tal escuela, la *belleza obietiva* no existe. Lo bello se reduce á una clase especialísima de placer; y el placer no es más que la conciencia que en determinados casos tenemos del desarrollo de nuestra vida. Un objeto provoca en nosotros cierta especie de expansión vital; nuestra fuerza nerviosa recibe un *incremento*, como diría un matemático; sentimos esta mayor vida, y al sentirla gozamos; y á este gozo ó placer le llamamos *emoción estética*, y al objeto que la produjo le aplicamos el nombre de *objeto bello*. Suprimid, continúa diciendo el estético-evolucionista, los seres vivos del universo y suprimís la *belleza*, ni más ni menos que arrancando los ojos desaparecen la luz y los colores. Y concluyen los adeptos de la escuela, de este modo: *Toda la poesía de la naturaleza está en el cerebro humano.*

La crítica de Kant, el empirismo inglés, el sensualismo francés, Schiller con su *teoría del juego*, Hebert Spencer y la mayor parte de los estéticos contemporáneos, la escuela de Schopenhauer, Grant Allen en su estética fisiológica y otros muchos que fuera largo citar, forman una falange cerrada y poderosa, que avanza sin escrúpulos ni respetos contra toda estética-metafísica; y de este modo pretenden barrer, como el huracán barre las nubes, todos los celajes y todos los resplandores que en el cielo del arte dejó Platón con sus divinos arquetipos de belleza.

La escuela evolucionista necesita buscar abuelos y antepasados para el arte; pero sabido es que no alardea nunca de la gloriosa tradición de la familia: no es como el viejo aristócrata que ansía encontrar timbres para sus blasones en la complicadísima Heráldica de las cruzadas: con mucho menos se contenta el positivista. Hebert Spencer, por ejemplo, busca los *orígenes del arte* en los *juegos y retozos de los animales*. Los animales inferiores, dice él, no juegan: ¡desdichados, no tienen *arte!* Pero aquellos que están algo más arriba en la escala zoológica, aquellos cuyo organismo es más perfecto, y que gracias á una *abundante nutrición* tienen un exceso de actividad nerviosa, experimentan la necesidad instintiva de descargar sus nervios, y *juegan;* ó de otro modo, son *artistas* en embrión. Todo órgano, prosigue Spencer, que ha estado mucho tiempo en reposo, es como una pila cargada de electricidad á muy alta tensión: pide en cada momento su descarga eléctrica. Así – y aquí empieza el célebre positivista una larga serie de creaciones estéticas elementales y de artistas incipientes, – así, dice él, *las ratas* roen aun aquellos objetos de que no han de alimentarse, para ocupar la actividad de su sistema dentario: siempre habíamos creído, en efecto, al observar ciertas aficiones, que por ahí, debieron empezar muchos de los que al arte se dedican. Así, continúa, los *gatos*, en la vida tranquila á que les hemos reducido, experimentan el deseo, como reminiscencia de su pasado, de ejercitar las uñas y los dientes, ya que no en una presa viva, en sillas, colgaduras y alfombras: *juegan* á la caza y al desgarramiento, fingen un drama de aquellos á que sus antepasados tenían tanta afición; es, por decirlo así, el *drama histórico* de la raza felina. Así, las *jirafas*, acostumbradas en los altos bosques á coger hojas y ramas, se entretienen, aun sin sentir hambre, en pasar la lengua por el techo y mordisquear la parte superior de las puertas: verdadera *comedia de costumbres*. Todo órgano, en suma, encuentra placer en ejercitarse aun sin provecho material: es el juego, es la acción inútil, es la manifestación de un sobrante de vida, es para los defensores de esta tesis el *arte rudimentario* de los seres vivos.

El juego en los animales consiste en simular actos, que ordinariamente son útiles para su existencia ó para el desarrollo de la especie, y que por esto mismo, es decir, porque son habitüales, ofrecen un verdadero fácil y canales abiertos y expeditos al exceso de fuerza nerviossa.

Fingir la lucha por la vida, cuando ya no es necesaria para la vida, es el *juego* en los animales, según Spencer, como el *drama* finge las luchas morales de la existencia y de la sociedad. En resumen, termina

Mr. Guyau, *el arte*, según Spencer, es un *juego refinado* que tiene su origen en el instinto de la lucha contra la naturaleza ó contra los hombres, y viene á ser en nuestra moderna sociedad una especie de derivativo de todas las energías sobrantes; un empleo, que á nadie causa daño, de las fuerzas inútiles; en una palabra, una especie de válvula de seguridad.

Terminada esta exegesis evolucionista del arte, Mr. Guyau expone el análisis del placer estético según la misma escuela.

Lo que caracteriza el placer estético, en la opinión de Spencer, es su *inutilidad;* es decir, que para ser placer estético no ha de proporcionarnos ninguna ventaja positiva y precisa, y por tanto ha de ser independiente de todas aquellas necesidades que experimentan para su desarrollo ó conservación las funciones vitales.

El placer estético no nos suministra nuevas fuerzas: ni depende *del bien*, ni depende de lo *útil*, ni se relaciona con *la verdad*, según esto. Así, el placer que nos proporcionan los sonidos y los colores, una sinfonía musical, una de esas orquestas del espacio que todas las tardes despiden al sol poniente, y aun el placer de los aromas sutiles, nacen, según el ilustre jefe de los positivistas, de un simple ejercicio, ó dicho de otra manera, de un simple juego del órgano de la vista, del órgano del oído ó del órgano del olfato, sin ningún provecho visible: hay en este placer algo de contemplativo y ocioso, sin ventaja material: es un goce de puro lujo. Todas las armonías del iris ó todas las melodías de Mozart no pueden ni saciar nuestra hambre, ni abrigarnos del frío, ni prestarnos mullida almohada. Lo cual no es otra cosa que la interpretación del pensamiento de Kant en su *Crítica del juicio*, hecha con arreglo á su especial criterio por las modernas escuelas positivistas. Según el gran filósofo y según los anti-filósofos de estas últimas escuelas, el sentimiento de lo bello es más desinteresado que el sentimiento de lo bueno y de lo justo. Así, Spencer, Darwin y todos los evolucionistas dan como base y origen primero de los sentimientos morales *la necesidad* y *el interés;* y en cambio despojan al sentimiento estético de toda idea utilitaria. Lo *bello*, dicen, tiene esta inferioridad y esta superioridad *sobre el bien*; es de todo *punto inútil*, y por consiguiente de todo punto *desinteresado:* no es el grito del deseo, había dicho Schiller, el que se hace oir en el canto melodioso del pájaro. – De que esto lo dijo Schille, no tengo duda: de que esto sea lo que quisieran decir los pájaros, no tengo seguridad absoluta. Observación exclusivamente mía.



MONUMENTO DE ARAD. – EL DESPERTAR DE LA LIBERTAD

Aquellos alardes metafísicos de Kant, metafísicos á pesar suyo; aquel *placer sin concepto* en que fundarse; aquella armonía entre la *variedad* de la sensación, por la imaginación recogida, y la *facultad de pensar*, por las categorías unificada, ha venido á parar andando el tiempo á la fórmula seca y brutal, pero clara y precisa, de la escuela positivista: el juego, el remedo inútil de algo que fué útil, el derroche de energías sobrantes.

Mr. Guyau, aun reconociendo que en esta teoría hay *algo de verdad*, y aun completándola y dándole sentido más amplio, porque, según dice, si el arte no sirve para la vida de una manera directa é inmediata, contribuye á su pleno desarrollo, como si fuese una gimnasia del sistema nervioso y del espíritu; aun así y todo, la combate presentando contra ella poderosos argumentos. Realmente la teoría de Guyau es más amplia que la del filósofo inglés.

Bien quisiéramos, pero no tenemos espacio suficiente para analizar esta parte del libro que nos ocupa, y nos limitaremos, pues, á copiar los siguientes párrafos en que se resume su pensamiento.

«La belleza, lejos de excluir *la utilidad*, presupone la idea de una voluntad, acomodando espontáneamente los medios á los fines y tratando de gastar el mínimo de fuerza para conseguirlos.

»La belleza, lejos de excluir *el deseo*, se identifica en el fondo con esta misma idea.

»Por último, la *belleza* y el *bien* forman una sola unidad, visible en nuestros sentimientos y que se deja presentir aun en los movimientos y en las sensaciones, es decir, en su grado inferior.

»En suma, la belleza en vez de presentarse como algo exterior al ser, á modo de planta parásita, es como la expansión del ser mismo y como la verdadera flor de la vida.»

Tales son, condensadas en pocas palabras, las opiniones de Mr. Guyau.

José Echegaray

SECCIÓN AMERICANA

LA TAMALERA

TIPO LIMEÑO

A horcajadas en su manso caballo, sobre unas aguaderas grandísimas, con las greñas caídas, el sombrerillo redondo, de castor ó de paja, adornando su cabeza, el mantón cruzado sobre el hombro izquierdo, los brazos desnudos, el cutis amulatado que pregona su raza africana, ó trigueño muy tostado que denota su ascendencia incásica, esta es la vendedora de *tamales*, siempre sonriente, pregonando á chillidos su mercancía y alborotando las calles que recorre al paso *filosófico* de su cabalgadura.

Pero antes de hablar de la vendedora, digamos algo de lo que vende. El *tamal* es una especie de empanada. Hácese machacando el maíz cuando está lechoso hasta que se convierte en pasta suave y agradable, de la cual forman unas empanaditas largas que rellenan con cabeza de cerdo bien sazonada y cocida y pedacitos de *ají* (guindillas) para que el *tamal* sea picantito, como conviene á este bocado esencialmente criollo. Una vez hecha la empanada se envuelve cuidadosamente en hojas secas de plátano, se ata con los filamentos secos también de la misma planta y se ponen á cocer al vapor. Cuando están en punto, cárgalos la vendedora en sus aguaderas, tapando éstas con infinidad de mantones viejos, trapos, franelas y cuanto pueda contribuir á conservar calientes los *tamales*, y comienza su matutina peregrinación, siguiendo cada *tamalera* el propio intinerario todas las mañanas.

Da principio la venta á las ocho y acaba á las diez ó diez y media; pues siendo el *tamal* exclusivamente para el almuerzo y la hora de éste de diez á once, ya se sabe que ha de llegar para entregarlos calentitos en las casas de los señores parroquianos. La gente del pueblo los consume en cualquier momento, y todas las horas son buenas; pero las familias distinguidas que son aficionadas á los plátanos del país, se los hacen servir en el almuerzo solamente.

Acabada su venta retírase la mulata ó chinita *tamalera* á su casa, que suele estar al otro lado del Rimac, en un barrio llamado *Debajo del puente* por ser preciso cruzar uno de piedra antiquísimo que une la bella población con su importante suburbio.

En Malambo, calle ancha y hermosa, famosísima por la clase de gentes que habitan en ella, es donde generalmente vive la *tamalera;* en aquella calle que pocas damas limeñas conocen, pero que seguramente no hay aristócrata *mataperro* (calavera) que no visite para correr una *juerguecita.*

La *tamalera Manonga* (Manuela) era la más hermosa *zambita* del gremio y la envidia de *zambos* y mulatos; aunque, la verdad sea dicha, difiere en tan poco el color del uno y del otro, que apenas los encuentra distintos el que no tiene mucha costumbre de diferenciarlos.

Decíase que gustaba *Manonga* de que la festejasen *niños* (caballeros), cosa que á los hombres de su color sabía á *chicharrón de sebo*, por aquello de que era mucho cuento que siempre los señores habían de babosear primero las tajadas de carne que luego les arrojaban exprimidas, sin jugo y hechas pura piltrafa.

Vivía sola *Manonga* en una casita baja, de apariencia pobre, aunque no sucia, como son por regla general las de otras mujeres de su raza y clase. Contábansele por docenas los enamorados, y no faltaba quien dijese que guardaba en un cofre buenos *soles* (duros) *de plata* y hasta algún *sol de oro* (moneda del valor de 20 duros), por más que éstos iban desapareciendo en el Perú, sin que se supiera en qué faltriqueras estaban escondidos.

Jaleos y jaranas había todas las noches en casa de *Manonga*, adonde acudían las *zambitas* y chinas de la vecindad para bailar y *cajear* con alma y cuerpo. Pocas veces solían estar semejantes reuniones huérfanas de muchachos alegres y ricos que gustaban de revolver con sus blancas manos el pelo *(pasa)* de las negras *malambinas.*

Dejaba cada cual en casa de *Manonga* cuanto en los bolsillos llevaba, con el rumbo y desprendimiento peculiar al peruano, y rabiaban todos contra la *tamalera* que de modo tal sabía esquilmarlos sin comprometer en lo más mínimo la doncellez que decía guardaba bien guardada.

No eran tan escrupulosas sus compañeras, y ya sabía ella enjaretar parejas con maña, gracias á las *botijas* de *pisco* (aguardiente de uva) que se despachaban por cuenta de los jaraneros y en las cuales quedaba á *Manonga* muchísima ganancia. También se solían improvisar cenas de platos picantes, y cuando esto sucedía había *niños* que no desdeñaban descansar en la revuelta cama de la *zamba.*

No dejaba *Manonga* su comercio por nada del mundo: así que los *tamales* se hacían siempre, y á venderlos salía como de costumbre, aunque dejase encomendada su casa á una vecina por quedar en ella algún *jaranero* rezagado durmiendo los efectos del *pisco*, del baile y de los picantes.

El *niño* Carlos, un limeño buen mozo, más aficionado á *Manonga* que á una mujercita sencilla y candorosa que le había cabido en suerte, era el más furiosamente enamorado de la *tamalera:* también es verdad que si alguno hubiera de vencer los escrúpulos que ella demostraba, nadie lo lograse con más ventajas que Carlos, porque de tal manera sabía jaranear y asimilarse á la sociedad de Malambo, que era el ojo derecho de las mujeres de color y el diablo encarnado de padres, maridos y amantes.

Mucho tiempo llevaba rondando á *Manonga* y contentándose con las amigas de ésta; pero una noche que el baile y la zambra estaban en su apogeo, entró el *niño* Carlos entre cejijunto y mal humorado,



MONUMENTO DE ARAD. - LA LUCHA

sentándose sin saludar á nadie ni mirar apenas á la concurrencia.

- ¿Qué le ha *pasao*, mi amito?, dijo una negra vieja, especie de Celestina de dos pimpollos de azabache que bailaban en aquel momento una *chilena* (cueca), provocando entusiasmos en la concurrencia.

- Nada; que vengo dispuesto á que *Manonga* no se burle más de mí.

- No sea tonto, *niño*. Cuando *Manonga* no se come al *niño* de amores, es porque no puede; pero ha de saber el *niño* que yo me tengo *sabío* que tiene muchísimas penas por no poder corresponder á sus finezas.

- ¿Pues quién se lo priva?

- ¡Gua! ¿Qué, no lo sabe el niño?

- ¿Quién me lo ha dicho?

- ¿No sabe que el *zambo* Casimiro es su hombre *dende* hace mucho tiempo y que la tiene *asustaa*?

- Yo no sabía nada de eso. ¿Y dónde está ese *zambo*?

- Pues,... ahora,... por *ay*,... recogiendo lo que se pierda, con otros amigos... El es el jefe.

- Ya te comprendo; ¿es capataz de ladrones?

- Sí, *niño*.

- Y ¿cómo es que no ha intentado nunca robarnos, sabiendo que traemos *plata* los que venimos á ver á *Manonga*?

- ¡Ay, niño! ¡Pues no ve que para sacarles la *plata* basta ella! El no quiere meterse con los *marchantes* (parroquianos) de una mujer; pero es tan celoso, que si supiera que miraba ella con interés á un blanco, la mataba, y *Manonga* le obedece porque le tiene miedo. No se meta en nada, *niñito* Carlos; deje de perseguir á esa, porque puede el diablo hacer de las suyas. Mire por *ay*, que no le faltarán doncellitas sin compromiso tan saladas como *Manonga* y con menos años, porque ya tiene veinticinco aunque no lo parezca, y mis hijas tienen quince una y dieciséis otra; ¿ve qué cosa?, pues guardan su honestidad, *niño*, porque *pa* tener á su vera *gentes* como el *zambo* Casimiro, vale más estar sola.

La *tamalera* cortó la conversación, sentándose junto al *niño* Carlos y ofreciéndole una copa de *pisco*.

- Venga, dijo el buen mozo: bebamos por el amor que te tengo y por el balazo que pienso pegar esta noche á tu *zambo*.

- ¡Ay, Jesús! Niño, ¿quién le ha dicho?... Soy *honraa*.

- ¿Quién había de decirme? ¿No sabes que estoy loco por ti hace mucho tiempo? Esta noche me quedo aquí; aguardo á Casimiro, y ó se marcha prometiendo no verte más ó le meto una bala en la cabeza; si no, mañana mismo haré que lo prendan, porque ya sé el oficio que tiene.

- ¡Ay *niño* de mi alma, no haga tal cosa! Casimiro es muy malo, y pues que lo sabe todo, le diré que yo le tengo muchísimo miedo: sería capaz de matar al *niño*, que bien lo conozco.

- ¿Pero tú lo quieres?

- A quien yo quiero más que á mi vida es al *niño*, que parece que me ha *dao chamico*, porque tengo mala voluntad á ese maldito *zambo* después de haberlo querido; y muchas noches me pega cuando viene, porque presume que me muero por otro, y esto es muy verdad, como lo es que no puedo ni mirarlo, porque cuanto más lo miro más veo al *niño* aquí dentrito de mi pecho.

- Pues no lo mirarás más: tomemos una copa por nuestro querer *cholita*, y anda, baila una *chilena*, que te la voy á cantar ahora mismo.

Y Carlos se puso de pie, arrogante y hermoso, con el semblante iluminado por el amor y los deseos.

- ¿Y no quiere el niño bailarla conmigo?

- No, salada, que quiero ver cómo requiebras tu cuerpo de azúcar: baila con otro, pero baila para mí, ¿sabes?

- ¡Qué hermoso eres, *niño!*

Manonga escogió pareja y salió en medio de la sala cimbreando las incitantes caderas, dislocando el pecho y retorciendo los brazos largos, desmadejados, llenos de promesas incitantes, y dirigió una mirada, en la cual fulgureaba la pasión más ardiente, al niño Carlos, que lleno de satisfacción se disponía á cantar la *cueca*.

- ¡Alza, chinita, que ya te has *perdío!*, dijo el compañero que había elegido *Manonga*.

- Alguien me habrá de encontrar; no te apures, *cholo*.

- ¡Ya lo creo; el *niño* Carlos!; pero cuida no encontréis los dos con Casimiro.

- ¡Valiente bozal!

Comenzó el músico á rascar una *cueca* en un violín roto cuyos sonidos hubieran puesto carne de gallina á un aficionado, y se dispuso el aristócrata á *cajear* palmoteando y á cantar á media voz.

Salió ésta dulce y apasionada de su garganta en tesitura de barítono; pero voz seductora, como emitida por un órgano puro, sano y potentísimo:

Tengo *yo* una *tamalera*
que por Malambo va;
los *tamales* que vende,
¿quién se los comprará?

¡Ayayay!, que mi *tamalerita*
que por Malambo va.
¡Ayayay!, que tan dulce y bonita,
¿quién no la comprará?

La voz del *niño* Carlos con sus candencias criollas y seductoras arrastraba á la *zamba Manonga*, que si bailaba con otro se requebraba para él, mirándole con pasión y arrullándolo con el vuelo de su *pollera* (falda) llevada y traída con limeño donaire.



MONUMENTO DE ARAD. - LA ABNEGACIÓN

No duró mucho el baile aquella noche: la *tamalera* quería gozar de los amores del *niño*, que habiendo descubierto su secreto la quería lo bastante para cuadrarse delante del capitán de ladrones disputándole la mujer amada.

Una vez solos, asaltóle á la *zamba* la idea de que su terrible amante pudiese llegar aquella noche temprano, aunque no era de las dedicadas á visitarla, porque previamente no le había enviado recado alguno como tenía por costumbre Entregóse, pues, con alma y vida á los amores del *niño*, cerrando la puerta con grandes refuerzos, aunque olvidándose que dejando abierta la que daba á un patinillo era facilísimo entrar bajando de la azotea, á la cual se podía muy bien subir por una casa vecina.

A las dos de la madrugada oyéronse en Malambo tres tiros de revólver, de los cuales el vecindario no hizo caso por estar acostumbrados á percibir semejantes ruidos á horas intempestivas.

Quién supuso que la policía perseguía ladrones, quién que los *cacos* hacían de las suyas.

Amaneció el siguiente día y volvieron con el alba la animación y el bullicio á Malambo.

La puerta de *Manonga* estaba cerrada y no se veía en ella como de costumbre el caballejo paciente aguardando la carga para emprender su cotidiana tarea.



MARÍA Y MAGDALENA, grupo escultórico de Jorge Zala, autor del monumento de Arad, erigido á la memoria de los trece mártires de la Libertad

No tardó en formarse un corrillo de comadres negras, *zambas* y mulatas, que comentaban el caso.

– Habrá salido *mu trempanito*, decía la negra vieja que la noche anterior descubriera al *niño* Carlos el compromiso de *Manonga*.

Pero esto era desusado en la *tamalera*.

Pasó la mañana, y como no volviese á la hora que tenía por costumbre, más y más creyeron las curiosas vecinas que á la *tamalera* le pasaba algo.

– Ya caigo yo en lo que puede ser: se quedó anoche con el *niño* Carlos, y por miedo á Casimiro ha escapado con él. ¡Buena suerte de *zamba!*

– ¡Vaya, que es buena! ¿Quién se lo había de contar á ella? ¡Un *niño* tan rico!

– ¡Y tan buen mozo!, suspiró una vestal renegrida á quien su madre no dejaba *perderse así no más*.

Tan grande ansiedad no podía contenerse en límites de prudencia: alguien soltó la idea de que los tiros pudieran tener relación con la casa cerrada, y se llamó á la policía, que echó abajo la puerta, precipitándose dentro la multitud sin que la fuerza armada pudiera contenerla.

La oleada que izándose y estrujándose tomó la casa de *Manonga* por asalto, retrocedió chillando espantada: en el dormitorio de la *tamalera* yacían el cadáver de ésta y el del *niño* Carlos, muy cerca uno del otro y envueltos en sudario de sangre.

Aquella mañana los parroquianos de *Manonga* echaron muy de menos sus sabrosos *tamales*, y una esposa amante y resignada lloraba en silencio sobre la cuna de un ángel la desaparición del hombre amado.

Todavía hay quien recuerda en Lima los *tamales* de *Manonga*, y á un veterano criollo he oído decir que con la *zamba* de Malambo se había perdido la cría de las buenas *tamaleras*.

Eva Canel

GREGORIA

(episodio ejemplar)

A mi buena sobrina Gádor González Méndez

Era Gregoria baja de estatura, de pobre complexión, pálida, ojerosa, escasa de cabello y la frente abultada é irregular. Su andar era torpe y lento, efecto de sus piernecitas tan finas y dificultosas que, á pesar de sus pocos años, procuraba ocultarlas, usando la falda del traje larga y enjuta.

La presencia de esta desgraciada criatura produjo en todas nosotras un movimiento instintivo de repulsión, que después fué en aumento al escuchar su voz desafinada y áspera. Tampoco en la profesora debió ser aquella primera vista muy lisonjera, cuando la mandó sentar inmediatamente, dirigiendo su mirada á los sitios que ocupaban Angela y María, las niñas más hermosas entre todas, con expresión severa y triste á la vez. Después continuó explicando su lección de Historia, hablando como de pasada de una cierta reina, buena y compasiva con los niños enfermos y desvalidos.

No borró este mal efecto el trato diario con Gregoria; antes al contrario, en sus relaciones con todas las compañeras parecía hacer gala de una reserva impropia de sus años y de una gravedad extemporánea, que acabó por mantenerla sola y olvidada entre todas las demás.

Gregoria trabajaba todo el día con la cabeza baja; al preguntarle su lección, como la profesora la colocó desde el primer día cerca de la mesa, dábala en voz tan baja que apenas entendíamos lo que decía. En los ratos de asueto seguía análoga conducta: sola en un rincón dormitaba ó fingía descansar con la vista en el suelo, parando poco ó nada su atención en nuestros bulliciosos juegos.

Un día, en uno muy bonito en que tomábamos parte todas las niñas, grandes y pequeñas, cayó al suelo una de las más chiquitas, dándose un fuerte golpe en la frente, que la hizo arrojar mucha sangre. Todas acudimos presurosas en su auxilio, y cogiéndola en brazos procuramos ocultarla de la vista de la profesora, entonces ausente; y ¡cuál no sería nuestro disgusto al observar que, atravesando el cenador y pasando cerca de Gregoria, ésta disimulaba la risa con un libro, con que procuraba ocultar su cara endiablada! Desde aquel momento, una vez conocida tanta perfidia, aumentó cada vez más, no la indiferencia ó el desprecio que antes nos inspirara, sino el odio más encarnizado, que no perdonaba ocasión de manifestarse, ya escupiendo todas al pasar cerca de aquella malvada niña, ya separándonos de ella al encontrarla al paso, hasta el punto que al dejar su sombrerillo y su remendado abrigo en las perchas colocadas para ese objeto, tenía gran cuidado, la primera que lo observaba, de cogerlo todo ello y arrojarlo descuidadamente en un rincón.

Un día que el huerto del colegio estaba nevado y de los desnudos árboles pendían largos estambres de hielo, semejantes á los adornos de cristal de la lámpara de la Virgen, entró Gregoria en la clase, airada y presurosa, todo lo que permitían sus piernas imposibles. Venía con el cabello descompuesto y pegado á la cara; al atravesar la clase dejó tras de sí un largo reguero de agua, que no parecía otra cosa sino que se había caído en la tinaja. No pudimos contener la risa y armóse entre todas gran alboroto, que no costó poco trabajo á la profesora apaciguar, tratando juntamente de inquirir lo que había sucedido. Entonces Gregoria, al ser interrogada seriamente por aquélla, se echó á llorar con tan gran congoja que no podía articular palabra.

En resolución, que al fin pudo averiguarse que tratando Gregoria de beber agua se encontró con Mercedes, la morenita y cejijunta hija de un señor magistrado, y pidiéndole á ésta el jarro grande de azofar que habíamos de coger con las dos manos, Mercedes no quiso dárselo, y sin recordar acaso el mucho frío que hacía, se lo vertió á Gregoria sobre la cabeza.

Todo esto lo encontramos nosotras muy natural; no así la maestra, que castigó á Mercedes, é hizo subir á la cocina á Gregoria para secarle la ropa. Después nos reprendió á todas nuestra falta de caridad con una compañera, y concluyó diciendo: «Si en un día como el de hoy hubieran hecho con vosotras lo que ha hecho Mercedes con Gregoria, ¿qué pensaríais de la joven que os exponía á una grave enfermedad, faltando por añadidura á todas las leyes divinas y humanas?»

No dejaron de causarnos impresión las palabras severas de la madre, dichas con ademán solemne y con los ojos arrasados de lágrimas, que hubieran tenido verdadera razón con otra que no fuera Gregoria, la cual, en nuestro sentir, merecía lo sucedido y mucho más.

A poco llegó el profesor de matemáticas y no se habló palabra del asunto.

II

Pasaron los días cortos que apenas permitían hacer nada, y una mañana, estando todas en las ventanas aprovechando la ausencia momentánea de la directora, vimos con alegría que de unos almendros que cercaban el huerto próximos á la tapia erizada de vidrios, se destacaban unas cuantas flores blancas como la nieve. Llamamos la atención de las más distraídas sobre aquel risueño augurio de mejores días, cuando dos golondrinas, casi al alcance de nuestras manos, comenzaron á picar desaforadas. «No hay duda, dijo una de las mayores, pronto hará calor. Y vosotras, añadió dirigiéndose á las pequeñas, decid en vuestra casa que os vayan preparando los trajes, que la primera Comunión está cerca.»

Tiempo hacía, en efecto, que el señor capellán que nos decía la misa y nos hablaba de Dios venía instruyéndonos en los fundamentos de la religión, diciéndonos cosas muy bonitas y tan tristes, á veces, que nos hacían llorar.

Dedicaba más rato que de ordinario á las explicaciones y hacía dar lección doble á las mayores. Cierto día, terminada la lección, nos dijo:

«Queridas hijas: ya conocéis los misterios inefables de que en breve habéis de participar; grabad en vuestros corazones los santos gérmenes de caridad y amor de Dios que he procurado inculcaros; y sobre todo tened siempre en cuenta, cuando alguna tribulación os amenace, que el Divino Jesús murió por nosotros, dando hasta la última gota de su sangre por redimir nuestras almas del pecado y guiar nuestros pasos con su ejemplo en esta vida entre los innumerables peligros que nos cercan, al término de la cual nos espera con los brazos abiertos, para aplacar la sed inextinguible de amor que de continuo nos devora y que sólo entonces sobre su divino costado se saciará hasta la hartura.

»Cuando el fantasma de la culpa os acose y amenace envolveros, traed á la memoria el recuerdo de aquel semblante tan hermoso que habéis visto cada día, ya triste y congojoso en el Huerto de las Olivas, ya iluminado y radiante al romper los lazos de la muerte y elevarse á los cielos, y figuráoslo momentos antes de su crucifixión, marchito, sudoroso, ensangrentado, dirigiendo hacia vosotras, con expresión de angustia y pesar infinitos, su mirada tristísima que ilumina los mundos. De vosotras, queridas hijas, depende calmar sus acerbos dolores; no seáis ingratas, y la compasión que os inspiran la desgracia, la injusticia y el sufrimiento ejercitadla en favor de vuestro Padre.»

Después nos besó á todas en la frente y salió apoyándose en su muleta.

Mucho nos complacían estas pláticas llenas de unción y dulzura del señor capellán, y sin darme cuenta de ello sentía acudir á mis ojos las lágrimas y oprimírseme el corazón. Es más, estoy por decir que desde aquel día todas procurábamos ser más buenas, y así en la clase como en nuestro particular comportamiento dentro y fuera del colegio, se notó que las palabras del señor cura no habían caído en saco roto.

Con esto y otras ocupaciones avanzaron los días, y llegó el momento con tanta ansia esperado de la primera Comunión. Desde una semana antes no se hablaba de otra cosa entre las compañeras. Todo estaba preparado y aguardábamos con impaciencia el momento de lucir los preciosos trajes construídos para la augusta ceremonia.

De poco ó nada habían servido las indicaciones de la profesora, que nos recomendara eficazmente la mayor sencillez en nuestros respectivos atavíos; antes al contrario, los trajes de las más ricas y elegantes habían circulado de casa en casa, sirviendo de modelo á las demás. Mis padres se habían ocupado seriamente del mío, y especialmente mi mamá estuvo presente cuidando de todo mientras la modista que iba á casa lo cortaba y cosía. Por último, ¿á qué decir más?, el día de la última prueba dejé de ir al colegio para poder estar presente á la conclusión del vestido. ¡Qué bien estaba con él! Más que de colegiala le hallaba parecido con el que había visto en los figurines de las jovenes que van á casarse.

El día antes arreglamos las parejas y nos pusimos de acuerdo las que íbamos á ir reunidas. Tuvimos para esto presente la estatura de unas y otras para que hiciese más bonito, formando delante las más chiquitas, que iban sólo á confesar, y detrás las mayores, que habían de recibir además al Divino Jesús Sacramentado. Yo formaba también con éstas, porque aun cuando no tenía más que once años, ya había comulgado otras dos veces acompañada de mi mamá.

A las seis era la cita en el colegio; casi todas fuímos puntuales, y era de ver las miradas que nos dirigíamos unas á otras conforme íbamos ocupando nuestros respectivos puestos.

Nunca había visto espectáculo más rico que el que presentaba aquel vistoso grupo de niñas, que ciertatamente no bajarían de cuarenta, tan lujosamente ataviadas. ¡Qué blancura la de aquellos trajes, que bajaban en caprichosos pliegues hasta más de media pierna en las mayores y algo menos en las más pequeñitas; en cuanto al calzado nada quiero decir, sino que todas aquellas botitas de raso ó tafilete blanco se ponían por primera vez: en fin, ¿qué más?, las de mi compañera, que era hija de una marquesa y no había conocido á su padre, que murió en la guerra, tenían los tacones dorados.

Ya nos disponíamos á marchar; todo estaba preparado; y formadas las parejas aguardábamos de pie, colocadas en larga fila, la orden de ponernos en marcha. La superiora cogió su libro y su rosario, y después de hacernos algunas prevenciones sobre la devoción y compostura que debíamos emplear aquella mañana, mandó abrir las dos hojas de la puerta y nos pasó la última revista, mirándonos una á una. De repente y como salida de debajo de tierra apareció Gregoria, azorada y confusa, en el dintel:

– Dispense V., dijo á la maestra, poniéndose colorada como un tomate. La casa está lejos y no he podido llegar antes.

– Dios te guarde, contestó la profesora con dulzura. ¿Has estado enferma? He notado tu falta durante la última semana.

Gregoria nada contestó; bajó los brazos y miró humildemente el traje de comunión que llevaba puesto.

La verdad es que nadie había contado con aquello; Gregoria era la más feílla de todas y juntamente la más pobre; su ausencia de la pasada semana no había sido notada por ninguna; así es que formadas las parejas y no faltando ni sobrando ninguna, era un verdadero conflicto lo que habíamos de hacer con Gregorita. Esto debió ocurrirse á todas, porque instintivamente cogimos la mano de nuestra compañera y comparamos su traje con el de Gregoria, que no podía ser más pobre: luego no llevaba botitas, sino unos zapatos blancos, bastos y de muy feá hechura; las medias de hilo grueso y hechas á aguja, y en cuanto á la toca era verdaderamente un pingo según lo antigua y usada; el ramo de azahar lo había sustituído con un manojo de rosas, que con gran frecuencia llevaba á la cara para ocultar su azoramiento.

La situación, en efecto, había llegado á ser violenta; Gregoria enfrente de la gran fila que formábamos todas dirigía miradas tímidas y suplicantes de uno á otro extremo. La superiora también parecía confusa.



EL BANQUETE, cuadro de James D. Linton

«Vamos á ver, dijo pasado un momento que á todas nos pareció un siglo, ¿quién de ustedes, señoritas, acompaña á Gregoria? La que quede suelta vendrá conmigo y luego pasará el rosario en el rezo de la tarde.» Ninguna contestó, y yo que tenía enfrente á Gregoria tuve miedo de la palidez que cubrió su semblante; dejó caer las rosas que tenía en la mano, y su barba temblaba como si estuviese tiritando de frío. Todas las niñas renegaban en su interior de aquella desagradable escena, pero ninguna daba un paso adelante; yo también me hacía la distraída mirando mi libro de oraciones, pasando y repasando las estampas como si nunca las hubiese visto; tenía oprimido el corazón, sentía afluir mi sangre á la cabeza y un buen pensamiento me aguijaba hacia adelante: miraba con los ojos arrasados en lágrimas un retrato del Salvador que tenía como registro en mi libro; aquella hermosura sobrehumana atraía mis miradas; el corazón encendido en vivas llamas que mostraba el Divino Jesús parecía mover é impulsar el mío hacia Gregoria; la dulce é inefable armonía de aquel semblante, pobre trasunto de la belleza de Dios, pareció engrandecer y acentuar sus líneas mirándome airado: recordé las palabras del capellán, sufrí en un momento todas las amarguras que había devorado Gregoria desde que entró de compañera en el colegio, y avergonzándome de mí misma, las lágrimas nublaron mi semblante, y rápida como el pensamiento retiré bruscamente á mi pareja y me lancé en los brazos de Gregoria, á quien estreché fuertemente contra mi pecho, obligándola á levantarse del suelo, sobre el cual había caído de rodillas.

III

Así las cosas, sobrevino una gran novedad en mi vida, hasta entonces tan apacible y feliz. Mi padre, que ejercía la abogacía con mucho éxito, fué encargado de un negocio de gran interés por un antiguo amigo suyo. La importancia del encargo y el tenerse que seguir el pleito fuera de la ciudad en que vivíamos y en provincia muy distante de la nuestra, le preocupó algunos días, decidiendo, por último, acompañarse de mi mamá, y en cuanto á mí, colocarme de interna en el colegio el tiempo que durara su ausencia, que serían tres ó cuatro meses á lo sumo, según sus cálculos. Mucho sentía aquel contratiempo que me separaba de mis padres, aunque toda novedad en aquella época de mi vida me atraía y agradaba en el fondo. Luego que muchas de mis mejores amigas se hallaban de internas en el colegio, y así podría acompañarme de ellas más tiempo. Estas reflexiones que me hacía mi papá y la protesta de que de tiempo en tiempo había de venir á verme, para inspeccionar juntamente los demás negocios de que también estaba encargado, me acabaron de decidir de buen grado á entrar en el colegio, y así se acordó en definitiva, cuando llegase èl momento de su viaje.

MATIAS MÉNDEZ VELLIDO

(Continuará)

EL ARTE ESPAÑOL

Si violento contraste ofrece la variedad de nuestras provincias, todo inspira en ellas arte, grandeza y poesía. El espíritu más prosaico elévase en alas del entusiasmo al ver armónicamente enlazadas las diversas cuanto maravillosas galas de la naturaleza, con la variedad de la producción, los recuerdos gloriosos unidos á los monumentos augustos de pasados tiempos, las sencillas costumbres de los habitantes de determinadas comarcas con su indomable arrojo en la guerra, los melancólicos zortzicos del país vasco con los plañideros ó voluptuosos ritmos de la región meridional, los restos venerandos de la antigua pujanza artística é industrial con las gallardas manifestaciones de las creaciones modernas. Artistas y artífices, romanceros y trovadores, poetas y filósofos, ascetas y noveladores, moralistas y satíricos, son, hoy como ayer, la genuina expresión de nuestro modo de ser, de pensar y de sentir, asumiendo todos la representación de la sociedad española en los diversos períodos de nuestra historia, como los monumentos revelan las creencias y costumbres nacionales, las artes nuestra cultura y la industria nuestra grandeza y poderío.

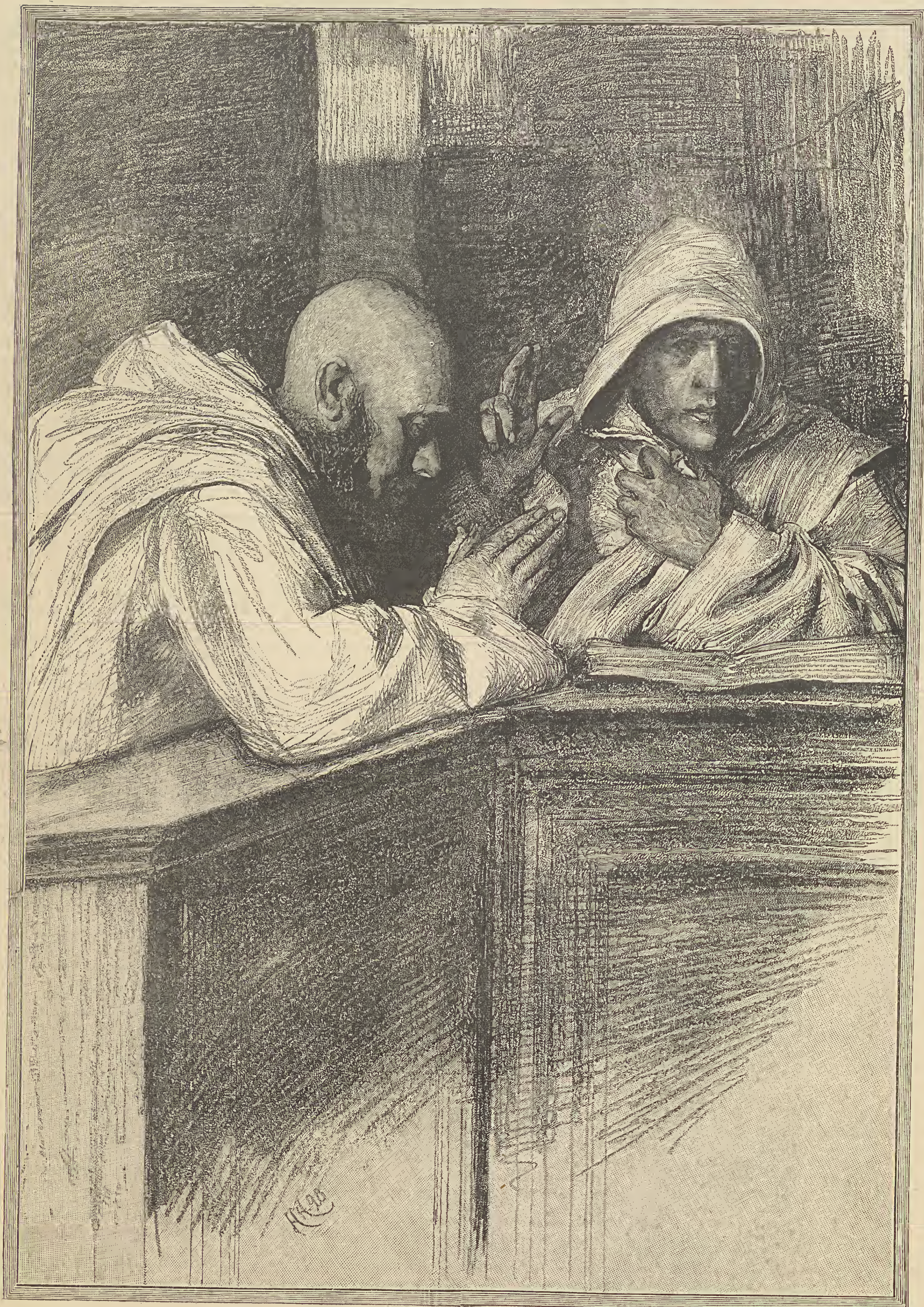
Formada España por la reunión de diversos Estados, en los que dejaron impresas indelebles huellas las razas que por su fuerza expansiva cumplieron su destino colonizador ó de conquista, ofrece un laborioso proceso histórico para llegar á la constitución de la unidad nacional. Pueblos hermanos, fecundados por la misma savia, aparecen separados, cual si el conjunto de la península no obligara ya á la conjunción; persiguiendo, al procurar cada uno de ellos su independencia, en el glorioso período de la Reconquista, el ideal de la unificación. Compréndese, pues, que este conjunto de nacionalidades segregadas de la madre común, significa una disgregación de fuerzas, una variedad de creaciones, una diversidad de producción, propias y significativas de las aspiraciones de cada región, precisas, porque sin la reunión de actividades no hubiera sido posible la existencia de aquellos Estados que debían funcionar normalmente á impulsos de su producción regulada por el poder gubernamental.

Purificadas las ideas y las costumbres por la desgracia, renació, al iniciarse la Reconquista en las asperezas de Asturias, Navarra y Cataluña, el espíritu guerrero, que aliándose á la fe religiosa, logró crear monarquías, vigorizadas por la fe y el patriotismo, que al recoger las tradiciones del reino godo, modificaron y transformaron paulatinamente todas las manifestaciones políticas, sociales y artísticas.

Los árabes por su parte, al venir á España, trajeron consigo la tradición de la filosofía griega y de las ideas platónicas y aristotélicas, sobre las cuales se desarrolló su cultura filosófica, y el ideal artístico de Oriente, traducido en sus afiligranadas construcciones, sencillas en sus muros, pero cuajadas de riquezas; sus armas ostentosas, sus telas y tapices inestimables, exornados con complicadas labores y dibujos, sacando de la geometría inmenso caudal de combinaciones. La misteriosa quietud de sus estancias, los estrechos aljamíes, su inclinación á los perfumes, sus cantos populares, expresión gráfica de sentimientos guerreros ó eróticos, trasunto fiel de la vida real, revela todo la índole epicúrea y artística de aquel pueblo, que durante el período de su dominación buscó su engrandecimiento, á la par que la forma más práctica y bella de satisfacer sus necesidades y caprichos.

Unida la creencia al concepto patrio, la religión á la nacionalidad, formóse de nuevo el pueblo cristiano, y la heterogénea población de España recogió de la dominación goda los últimos fulgores de su cultura, y obligado á combatir por su patria y por su fe, aportó al templo, síntesis de sus ideales, sus esfuerzos creadores y las muestras de su progreso, manifestando en la fábrica cristiana la fecundidad del simbolismo que brota de su pasmosa idealidad. En sus muros y portadas esculpió las páginas de historia ó de moral; en los capiteles de las columnas que sustentan las majestuosas arcadas, sátiras mordaces de flaquezas ó vicios, sus esperanzas ó sus aspiraciones, y en las vidrieras, frisos, sillas de coro y claves de bóveda dejó impreso todo cuanto habla al sentimiento y á la imaginación, conduciendo al espíritu cuanto signifique bondad y grandeza.

Los hechos demuestran incontestablemente cuán provechosa fué para el arte patrio la recíproca influencia que ejercieron entre sí los árabes y cristianos, á pesar de sus continuos combates y algaradas y de su respectiva y antitética situación. Ya al comienzo de la invasión muslímica continuaron los mozarabes, á juzgar por la descripción de varios historiadores, las tradiciones artísticas del reino visigodo, y sus arquitectos y artífices prosiguieron trabajando con sujeción á los antiguos moldes y conceptos, conforme lo atestiguan las obras que han llegado hasta nosotros, salvadas milagrosamente, á través de las conmociones de los siglos. Artífices cristianos contribuyeron por su parte á levantar mezquitas y palacios, cuyos restos aun hoy sorprenden y maravillan, debiéndose la construcción de algunas basílicas, cas-



LA CONFESIÓN, dibujo de Huberto Herkomer



LA LANCHA PERDIDA, cuadro de Souza-Pinto. (Salón del Campo de Marte, París, 1890.)

tillos y señoriales moradas á la habilidad é inteligencia de alarifes andaluces.

A medida que los nacientes Estados fueron ensanchando sus límites, obligando á replegarse á los invasores, creció la influencia de la cultura árabe sobre los cristianos; de manera que así como en el período de tiempo que media del sigio VIII al XI se desenvolvió y acrecentó la influencia de los árabes, empezó á crecer del XI al XIII la importancia de la sociedad cristiana, que recogió la tradición artística de sus enemigos para amoldarla á su esencia y constitución. Así vemos que llega un período en que se acuñan monedas con leyendas arábigas y latinas y se redactan instrumentos públicos en ambos idiomas; que muchos vocablos árabes forman parte del romance vulgar, y que las joyas, armas y tejidos de carácter oriental sirven de atavío á los castellanos y aragoneses, cual si fuese el gusto dominante, á cuya influencia debieran doblegarse.

Los extranjeros, especialmente franceses, que vinieron á la conquista de la imperial Toledo, fueron las primeras influencias extrañas á los dos elementos peninsulares que cedieron ante la enérgica protesta del ascetismo, que por medio de uno de sus más grandes apóstoles predicó el amor y el dominio del espíritu sobre la materia y la fuerza. Pasó también la autoridad moral de la Religión y de la Iglesia, como gigantesca ola, dejando huellas indelebles, y generalizáronse las artes, que no fueron ya patrimonio exclusivo de árabes y judíos; formáronse gremios, cofradías y ferias en las ciudades principales, iniciándose el movimiento industrial y comercial para aumento de bienestar y riqueza. Llega por fin la época en que los caballeros hacen alarde de su valor y gentileza en justas y torneos; el canto de los trovadores resuena en los castillos, convertidos en lugares de placer; márcase una división entre la poesía popular y la erudita, y sustituye á la pobreza y austeridad de los primitivos tiempos la ostentación en las ropas, armas, arneses y preseas.

Tras el siglo XV, en el que á modo de crisol se refunden todas las manifestaciones peninsulares, viene la reforma política y social realizada por los Reyes Católicos, que concentra todas las ideas de ciencia, arte y progreso; de manera que cuando aparece el Renacimiento, tiene ya el arte español historia y personalidad, vida y pujanza. Las raíces del árbol patrio, repletas de savia, envían al trono torrentes de vitalidad; prodúcense hermosos frutos, y comienzan para algunas artes, como la pintura, sus gloriosos anales modernos.

Ya hemos dicho que durante la Edad media concéntranse en el templo las manifestaciones más importantes del arte. Allí, en aquellas construcciones levantadas por la fe y el patriotismo, deben buscarse esas riquezas artísticas, cuya maravillosa ejecución es aun hoy causa de asombro. No sin respeto pueden admirarse los trabajos en hierro, bronce y metales preciosos, los esmaltes, las tallas en marfil, madera y piedras preciosas, los bordados y encajes, los mosaicos, los vidrios, las pinturas y miniaturas y cuantos tesoros fueron acumulados por aquellos hábiles é inteligentes artistas.

En las construcciones civiles, en las moradas señoriales, hacen gala también los artistas y artífices de su ingenio y fantasía, utilizando la variedad de elementos de que disponen. Cúbrense los muros de relieves, y los azulejos sirven de motivo de decoración, en tanto que los anchos sillones de vaqueta, las arquillas, cuadros, tapices, armas y otros artísticos objetos, constituyen el mueblaje y decoración de espaciosos salones, presididos por la monumental y esculturada chimenea de mármol.

Los esmaltes, joyería y platería alcanzaron gran perfección. De ello son testimonio las cruces, custodias, relicarios, cálices, platos, jarrones, armas y otros mil objetos, así como las admirables obras de filigrana ejecutadas en botones, herretes y joyas por los célebres *plateros de plata* y los que acreditaron su maestría en los *Libros de Pasantía* de los plateros de Barcelona, conservados en la Diputación provincial.

Dan testimonio de las obras de hierro las rejas, chatones, llamadores, candelabros, verjas, etc., construídas por los maestros de Toledo, Salamanca, Alcalá de Henares, Barcelona, Sevilla, Gerona, Granada, Tarragona, Segovia, etc., que dejaron en ellas pruebas de su buen gusto en el diseño y de maestría en la ejecución.

No menos importancia reviste la fabricación de armas y el repujado, nielado y grabado, ya siguiendo el estilo oriental, ya ajustándose á las tradiciones patrias ó imitando las obras de los célebres artífices milaneses.

Los guadamaciles de Córdoba, Málaga, Ciudad Real, Valladolid, Lérida y Barcelona lograron gran estima y merecido renombre hasta el extremo de servir de preciado adorno, bajo diversas formas, en los templos, en las cámaras de los reyes y en los palacios de los magnates.

Cuanto á la talla de madera y marfil basta examinar los muebles y las sillerías de coro para comprender su desarrollo y perfección. La cerámica, que empezó por ser una imitación de la arábiga, logró igualarse con aquélla, siguiéndose sus tradiciones, tanto en los dorados y metálicos reflejos como en los esmaltes sobre el barro, en las fábricas de Granada, Calatayud, Valencia, Mallorca, Málaga y Manises, así como las de Talavera y Sevilla sucumbieron después á la influencia italiana y las de Allora y el Buen Retiro ajustáronse en la forma y ornamentación á los modelos franceses.

Almería, Barcelona, Valencia, Toledo, Cebreros, Cadalso, San Martín de Valdeiglesias y La Granja distinguiéronse desde el siglo XIII al XVIII por sus notables vidrios, algunos de cuyos ejemplares pasan por productos venecianos en los museos y colecciones particulares.

En tejidos y sedas, de los que se conservan tan raras como valiosas obras en *brocados*, *ricomases*, *sirgos*, *glizos*, etc., basta recordar las fábricas que existieron en Toledo, Sevilla, Valencia, Murcia, Granada y Talavera, y respecto de los bordados de seda y oro atestiguan su mérito los ornamentos y vestiduras antiguas de nuestros templos. Los encajes y blondas aún hoy gozan de gran fama en el extranjero y se celebran las admirables labores de las encajeras catalanas, y las fábricas de tapices de Madrid, el Pardo, Escorial y Barcelona procuran todavía sostener el buen nombre de esta industria.

A fines del siglo XV y comienzos del XVI figuraba España á la cabeza del movimiento artístico é industrial de Europa. Toledo, Sevilla, Segovia, Medina del Campo, Valencia, Barcelona y otras populosas ciudades eran los Manchester, los Sedán y los Lieja de aquella época. Segovia, que producía los mejores paños del mundo, empleaba en su fabricación más de 40.000 obreros: Sevilla, tenía en actividad 16.000 telares de seda; Toledo ocupaba en sus industrias de armas, tejidos de seda y lana, curtidos, joyería, platería y guantes cerca de 50.000 operarios, y tanto Medina del Campo en la fabricación de medias como Valencia con sus famosas sederías y Córdoba con sus no menos celebrados curtidos sostenían algunos millares de obreros y constituían otros tantos centros de la producción nacional.

Cual si al eclipsarse para España el sol de su antigua grandeza trocáranse en noches los claros días del espíritu nacional, paralizándose el movimiento creador que tantas bellezas produjo, así desaparecieron con el poderío las manifectaciones industriales y artísticas, conservándose de ellas, durante un largo período de tiempo, el gratísimo recuerdo de su pasado esplendor. Apagóse en los talleres el ruido producido por los escoplos y martillos, telares y batanes; extinguióse el fuego de las fraguas; quedaron desiertas las lonjas ó centros de contratación, y sólo el fragor de las armas y el tañido de las campanas anunciando las fúnebres ceremonias del Santo Oficio percibíanse en las silenciosas ciudades españolas, antes alegres y bulliciosas. Las sucesivas expulsiones de judíos y moriscos, las conmociones políticas, las guerras y las contiendas civiles ahogaron en distintas ocasiones los laudables intentos de los que trataron de reivindicar para el arte patrio su antiguo renombre y continuar la senda tan brillantemente trazada por aquellos con cuyas obras nos envanecemos. Estos que pudiéramos llamar débiles ensayos, aislados y sin norte fijo, mas siempre con el laudable empeño de reconquistar la perdida independencia, iniciaron, á pesar de su incierta marcha, la evolución cuyas brillantes manifestaciones podemos hoy apreciar, que han de conducirnos á la postre á alcanzar para España el lugar que le corresponde entre las naciones cultas. Cierto es que es joven, – pues apenas cuenta veinte años; – pero aun así, muéstrase ya potente y vigoroso, dando muestras de esa virilidad iniciadora de las grandes creaciones.

El foco revolucionario, si tal puede llamarse, reside en Barcelona. Aquí se ha iniciado el renacimiento industrial y artístico de España, y aquí, gracias á la iniciativa particular, se ha constituído un centro productor que nos exime del vasallaje que durante largo tiempo hemos rendido á otros países más afortunados. Comenzóse por reemplazar la clásica simetría por la ponderación, la aplicación de la variedad en vez de la uniformidad, estudiándose los tonos y los matices para producir de sus gradaciones, los cuadros corpóreos, las creaciones industriales que determinan la aplicación del sello artístico á todo, desde lo más nimio á lo más importante. De ahí que exista platería y mueblaje artístico en todas sus formas y aplicaciones; vidriería de color á la usanza de los tiempos medios; tapicería, bronces de arte, fundición artística, cincelado, batido y repujado, y por último la pintura y la escultura, puesto que á la ya numerosa pléyade de pintores y escultores catalanes, se agrega la de los artistas de las demás provincias que acuden al calor de este que pudiéramos llamar centro del arte.

Con tan valiosos elementos mucho puede lograrse. De ahí que abriguemos la esperanza de que en día no lejano podamos ver enlazado el glorioso pasado de nuestras artes é industrias con los nuevos conceptos de las creaciones modernas.

A. García Llansó

NUESTROS GRABADOS

El banquete, cuadro de Jaime D. Linton. – De Linton puede decirse que nació para ser pintor; en lo que de su vida alcanza su memoria, recuerda que las primeras aficiones que sintió en su niñez fueron para la pintura. Linton á los veintitrés años expuso su primera obra, que fué para él el primero de una serie no interrumpida de éxitos.

Cuenta en la actualidad cuarenta y un años y en Inglaterra se le reputa como uno de los primeros pintores de acuarelas, debiéndose á él la existencia y el florecimiento del Real Instituto de acuarelistas. Como pintor al óleo no es menos celebrado, y el Instituto de pintores al óleo le elevó en 1884 al honroso cargo de su presidente.

De lo que vale en este último concepto puede juzgarse por *El banquete*, que reproducimos, y en el cual no hay un detalle de composición ni de ejecución que no acuse el alma y el pincel de un verdadero artista; por él se ve cuán cuidadosamente estudia Linton el efecto del conjunto, dando vida y realidad á cada una de las figuras y distribuyéndolas y agrupándolas con exquisito gusto, y con cuánto cariño trata las minuciosidades al parecer más insignificantes, comprendiendo que en el arte pictórico, como en todas las bellas artes, cualquier elemento bien entendido es factor más ó menos importante de la armonía, tan necesaria en las obras estéticas.

La confesión, dibujo de Huberto Herkomer. – El autor de este dibujo, el ilustre profesor de Oxford, dice á propósito del mismo que copió la escena en él representada en una de las Cartujas que visitó durante su reciente viaje á Italia. Casi resulta innecesaria esta manifestación; con sólo contemplar su obra comprende aun el menos avisado en materias artísticas que tanta verdad como la conseguida en tal dibujo no se obtiene apelando á recuerdos que nunca tienen la intensidad de lo presente, ni á modelos de oficio, que si de un modo más ó menos convencional llegan á adaptarse á la postura y al traje de los personajes que se les quiere hacer representar, son incapaces de identificarse con su modo de ser y con los sentimientos que pueden animarles en un momento dado.

Examínense como se quiera los dos monjes que en *La confesión* figuran, analícense los más insignificantes detalles de sus expresivos rostros, estúdiense escrupulosamente sus actitudes, siéntase hondamente la impresión que de la escena se desprende y dígase luego si hay manera de lograr un conjunto tan acabado como el que el dibujo nos ofrece, sin tener á la vista lo que el lápiz va produciendo en el papel.

Cierto que para llegar al resultado á que el dibujante inglés ha llegado, se requiere un sentimiento artístico de primera fuerza y son precisos conocimientos técnicos excepcionales; pero uno y otro se aunan de tal suerte en Huberto Herkomer, que de larga fecha su nombre, como pocos popular en Inglaterra, es universalmente y con justicia admirado en el mundo del arte.

La lancha perdida, cuadro de Souza Pinto, grabado por Baude (Salón del Campo de Marte, de París 1890). – Los dramas del mar han servido de asunto á gran número de cuadros, y á la verdad que pocos temas se prestan mejor que éste á los pintores para hacer gala de su talento, ora traducido en escenas grandiosas en que el hombre lucha en vano desde frágil nave contra los elementos embravecidos, ora manifestado en notas de sentimiento cuando suponiendo acaecida la catástrofe se complace el artista en presentarnos las amarguras que de ella son consecuencia.

De este último modo lo ha tratado Souza Pinto; nadie que viera la tranquila superficie del mar que en el fondo de su obra se distingue, adivinara que sus rizadas olas ha poco se encrespaban y sepultaban en sus abismos al infeliz marino que las surcaba buscando el sustento para su familia; pero nadie que se fije en las dos interesantes figuras que en primer término aparecen, vacilará un momento en afirmar la existencia del drama que arrebató la vida de un ser querido. Aquel llanto de la hija en que se desbordan los más tiernos afectos; aquella actitud pasiva, aquel rostro poco menos que inanimado, aquella mirada fija en el horizonte con que la infeliz viuda parece sondear la inmensidad del Océano cual si esperara todavía ver llegar, como en días venturosos, al esposo amado, no dejan duda alguna en el ánimo del espectador; la desgracia es cierta, la lancha se ha perdido, el mar ha inmolado una nueva víctima.

El cuadro de Souza Pinto, sublime por su misma sencillez, rebosa sentimiento; pero ésta, con ser tan valiosa, no es la única cualidad que en el lienzo se admira; la pintura está tan magistralmente ejecutada, que desde este punto de vista la obra cautiva tanto á los ojos, como bajo el otro concepto indicado habla con elocuencia al corazón.

EL ANILLO DE AMASIS

NOVELA ORIGINAL DE LORD LYTTON, ILUSTRADA POR A. BESNARD



I

LOS PRIMEROS ACORDES

El desgraciado cuya extraña historia voy á referir aquí, me exigió en su última hora la promesa de no revelar hasta después de su muerte el terrible secreto de su vida.

Llegado es el momento en que, sin temor de herir ninguna susceptibilidad de familia, puedo al fin dar cumplimiento á mi promesa; pero hay en esa historia ciertos incidentes con que estoy relacionado de una manera tan íntima y por una serie de acontecimientos tan extraordinarios, que no podría dar principio al relato sin hacer mención de algunas particularidades de mi vida.

Comencé muy joven á ejercer la profesión de médico, á pesar de las objeciones de mis padres, cuya familia pertenecía á esa clase de la sociedad que desprecia toda carrera, excepto la del servicio del Estado. Mi padre era francés, mi madre alemana, y yo hijo único. Apenas cumplía tres años cuando el autor de mis días murió, y solamente pude conocerle por una pequeña miniatura que le representaba como oficial de caballería, muy joven aún.

En 1806 hallábase con su regimiento de guarnición en Turingia; allí trabó conocimiento con la familia de mi madre, enamoróse de ésta y pidió su mano. Ya se comprenderá que semejante proposición por parte de un extranjero y de un enemigo, fué rehusada políticamente; pero mi padre no podía resignarse á esta negativa, y después de haber acompañado al emperador á Erfurt, en 1808, presentóse de nuevo á la familia de mi madre para renovar su demanda. Esta vez, la constancia de su afecto allanó todos los escrúpulos, y el matrimonio se celebró apresuradamente. Mi madre fué á establecerse en Francia con su esposo, y yo nací en Saint Cloud en 1809. Tres años después, mi padre fué llamado de nuevo á las armas; al separarse de mi madre prometióle que aquella campaña sería la última, y su promesa se cumplió cruelmente, pues pereció en las minas de la Beresina.

Mi madre volvió á reunirse con su familia, llevándome consigo, y una vez en Alemania ya no salió del país, donde la única ocupación de su vida se redujo á educarme. Entregada á su dolor, no quiso jamás volver á casarse, y su hondo pesar y su semblante, velado siempre por una expresión de profunda tristeza, hicieron que cada día fuese más querida para mí la memoria de mi padre, á quien jamás debía conocer. Los crueles relatos que inspiraba á mi madre el horror de aquella desastrosa retirada, en la que su esposo perdió la vida, amargaron mi infancia, y sin duda á todas estas dolorosas impresiones debí la inclinación que me impulsó más tarde á elegir una carrera, cuyo objeto era aliviar y socorrer á la humanidad doliente.

Aunque mi padre hubiera servido á las órdenes de la República, no por eso dejaba de tener relaciones con los monárquicos. Segundón de una antigua familia legitimista, siempre había conservado con sus padres relaciones que aseguraban á su hijo buena acogida en el arrabal San Germán, y esta circunstancia, unida á las ventajas que yo esperaba obtener del progreso de la ciencia médica, me decidió á comenzar mis estudios en Francia. Al llegar á este país, en 1834, fuí testigo de los acontecimientos que aquí voy á referir. Todos los detalles de aquella escena se conservaron siempre grabados en mi memoria.

Había tomado yo pasaje á bordo del vapor *La Lorelei*, que prestaba servicio desde Maguncia á Colonia; era una hermosa mañana de primavera, y apenas hube perdido de vista las tres torres de la antigua catedral, encendí un cigarro y sentéme en un banco, no lejos de un hombre que ocupaba la misma posición enfrente junto á una mesita.

En el momento de salir de Maguncia había oído las notas de un piano, tocado sin duda por alguno que debía hallarse junto á las ventanas abiertas de una casa situada cerca de la orilla; el instrumento estaba desafinado, y el ejecutante (tal vez un niño) hacía inútiles esfuerzos para producir las notas exactas de un antiguo aire alemán que yo sabía de memoria. Cuando el alma se inclina á la meditación, sin que nuestro espíritu tenga un asunto especial para reflexionar, la más insignificante impresión exterior basta á menudo para que se determine la dirección que ha de seguir una larga serie de pensamientos y de ideas. Yo estaba precisamente en esa disposición vaga y meditabunda; en aquel instante me acordaba de mi pequeña ciudad natal, que sin duda no volvería á ver en mucho tiempo, y evocaba la visión de uno de sus raros edificios públicos, donde había pasado algunas de las horas más felices de mi vida. Este edificio servía, según las circunstancias, para dar conciertos ó cantar óperas.

Yo soy músico, aunque muy mediano; pero no hay arte que me impresione y entusiasme tanto como la música, y por eso no había faltado nunca voluntariamente á las funciones que allí se daban, teniendo siempre buen cuidado de ocupar mi sitio antes de que comenzara la orquesta.

Aquel aire de Alemania, que una mano torpe mutilaba en un piano desafinado, evocó en mi mente recuerdos y toda clase de ideas fantásticas, que muy á menudo habían cruzado antes por mi espíritu al oir á los músicos templar sus instrumentos.

La corriente de estas ideas me condujo muy pronto al reino de los sueños; parecíame no estar ya en el puente del vapor, sino en la antigua sala de conciertos, y me figuré que contemplaba la orquesta

Vacía al principio la sala, obscura y muda, iluminábase poco á poco, se llenaba de músicos que con extraños ademanes ocupaban su asiento, cogían sus instrumentos y los templaban, y entonces prodújose un caos de sonidos discordantes, los cuales, sin embargo, no carecían de dulzura. De repente, entre aquel ruido vago y confuso, resonó una nota de oboe, de tan enérgica y profunda expresión, que perturbó mi alma de un modo extraño, pareciéndome que anunciaba la aproximación de algún acontecimiento sobrenatural.

De aquella crisis nerviosa ocasionada por los lejanos sonidos de un mal piano, distrajéronme las voces de algunos viajeros que, sin echarlo de ver yo, habíanse colocado entre mí y el hombre solitario, sentado siempre junto á su mesita. La charla de aquella gente me llamó al fin la atención, porque se repetía de continuo una misma palabra, y sin saber yo por qué ni cómo, en aquel momento el estado normal de mi espíritu prestaba á esa palabra un alcance misterioso. Resonaba en mi oído precisamente como la nota aguda del oboe en mi orquesta imaginaria, y parecía renovar en mí el presentimiento de un suceso lúgubre. No podría, sin embargo, explicar esa sensación, pues la palabra que la produjo no era sino el nombre muy conocido y hasta trivial de *Lorelei*.

De nuevo habían sido cargados los dos pequeños cañones con que habíamos saludado al *Rheinstein* después de salir de Maguncia, y nos acercábamos al sitio donde nuestro vapor debía tributar semejantes honores á su madrina mística. Mis compañeros de viaje discutían sobre las numerosas leyendas que circulan respecto á esa hechicera.

Una joven alemana, muy sentimental, y que hablaba con un marcado acento berlinés, parecía empeñada en defender á la bella mágica, á la cual se tildaba de antropófaga; el entusiasmo de aquella exaltada señorita parecía únicamente inspirado por la presencia de un joven subteniente que se había sentado junto á ella en el mismo banco.

El oficial, no obstante, dijo con frialdad que no veía nada extraño en la detestable costumbre que tenía *La Lorelei* de terminar sus conciertos ahogando á su auditorio.

—Todo aquel, añadió, que sea capaz de contemplar sin emoción y sin compadecerse la agonía de una persona que se ahoga, es en el fondo de su alma mil veces más criminal que el asesino impulsado al crimen por un acceso de pasión.

Un ruido estrepitoso interrumpió aquí las conversaciones; la mesita que estaba frente á mí había sido derribada y acababa de caer á los pies del subteniente; todos volvimos la cabeza. El hombre solitario había abandonado sin duda su sitio antes de suceder esto, sin que yo notara hasta entonces su ausencia; pero al mirar á mi alrededor para ver cuál era la causa del ruido, observé que aquél se paseaba con lentitud en la extremidad del puente.

Aquel hombre vestía de negro, pero su ropa se ajustaba tan bien á su persona, que se hubiera creído obra de la naturaleza; todo su conjunto era tan sencillo, y por decirlo así, tan discreto, que á pesar de haberlo visto ya todos, ninguno de nosotros lo había notado.

Mas entonces, al observarle por primera vez con atención, me admiró la gracia y dignidad de sus modales, y no podría decir si me pareció grande ó pequeño, rubio ó moreno, feo ó hermoso; pues hay personas cuya apariencia no deja en nuestro espíritu más que una impresión indefinida de armonía y de calma, que la percepción de un solo rasgo particular bastaría á desvanecer. Esas personas nos recuerdan paisajes en los que la suave uniformidad del crepúsculo ha borrado todos los detalles positivos y vulgares. El hombre que yo observaba de lejos era una de esas personas. Tenía el aspecto, difícil de describir, de un ser de raza pura; la expresión de su rostro no atraía ni desagradaba; pero revelábase en ella que aquel individuo no era susceptible de una intimidad cualquiera.

Necesité un esfuerzo de memoria para convencerme de que le había visto sentado largo tiempo en medio de aquel pequeño grupo de habladores, ninguno de los cuales le había dirigido una sola palabra.

Parecíame, no obstante, que había una relación íntima entre las impresiones de éstos y las mías respecto de aquel desconocido, pues apenas se hubo separado de nosotros, todos comenzamos á hablar de él cual si hubiera sido desde el principio de la conversación el único objeto en que pensábamos. Instintivamente dímosle el sobrenombre de *Caballero enlutado*.



– ¿Qué diablos tiene esta mesa?, dijo uno de mis compañeros de viaje al camarero que se acercaba para levantarla. Nadie la ha tocado.

– No hablemos del diablo, repuso otro, pues le haríamos volver.

Y nos señaló con el dedo el hombre solitario.

– ¡Cómo!, exclamaron los del grupo á la vez. ¿El *Caballero enlutado* sería?... ¡Es imposible!

– ¿Imposible? ¡Oh, no! Ahora mismo, cuando el señor teniente nos hablaba de *La Lorelei* os juro que le he visto levantarse de su asiento como un autómata movido por un resorte y derribar la mesa.

Nada podía ser más sencillo y natural que esta explicación, y por lo tanto yo fuí el único á quien no convenció del todo. Un movimiento tan brusco y torpe como el que se atribuía al misterioso viajero no cuadraba con la idea que me había formado del *Caballero enlutado*, sin contar que esto reducía á la nada toda mi teoría intuitiva. Sin embargo, nadie escuchó mis argumentos, y como la opinión general se declaraba contra la mía, renuncié á una discusión que comenzaba á parecerme odiosa é irritante.

Entretanto, nos acercábamos á la roca de *La Lorelei*, y yo me dirigí hacia la parte avanzada del puente para disfrutar mejor de la vista de aquel lugar famoso. Al pasar por delante de la chimenea del vapor vi otra vez al misterioso extranjero; estaba con los brazos cruzados mirando el agua, que parecía hervir alrededor de la rueda, y cuya violencia ofrecía singular contraste con la impasibilidad del hombre que la contemplaba.

Entonces recordé las palabras del subteniente, y preguntéme cómo se conduciría aquel hombre si alguno se ahogara á su presencia.

¿Pediría socorro?

¿Excitaría á los demás á salvar á la víctima, haciendo sonar en los oídos de ellos una bolsa llena de oro, como el conde en la balada de Burger, *Vom vembra Manu?*

¿Se arrojaría él mismo al agua en detrimento de la dignidad de su actitud para salvar á su prójimo?

No pude contestar á ninguna de estas preguntas porque me parecía imposible que el *Caballero enlutado* eligiese una sola de estas alternativas sin perder su calma imperturbable. ¿No sería esta calma aparente una máscara que caería cuando la ocasión lo exigiera? El alma no necesita disfraz, pero si alguna vez le reviste, debe adaptarse con tal perfección que no se vea nunca en la necesidad de abandonarle.

«No, me dije; á menos que su apariencia no sea engañosa, ese hombre debe mantenerse frío á la vista de una catástrofe que produciría en cualquier otro espectador las más profundas sensaciones.»

Pero aunque esta deducción de mi espíritu me pareciese lógica, no podía ni quería, por no sé qué sentimiento inexplicable, fijarme en ella, y experimenté como un alivio cuando la descarga de los dos pequeños cañones distrajo mi atención.

La Lorelei no tardó en contestar al saludo.

Un momento después resonó la campana de Saint-Goar.

Nuestro vapor moderó su marcha, y muy pronto acercóse un bote.

Los únicos pasajeros eran una mujer y un niño: la primera parecía pertenecer á la clase media; el segundo, echado sobre las rodillas de su madre, dormido sin duda, podía tener de cinco á seis años.

Oí al capitán gritar, y en el momento en que el maquinista daba contravapor, observé que el bote se agitaba sobre las olas artificiales producidas por aquella maniobra.

En el mismo instante resonó en mis oídos un agudo grito.

Era la voz de la mujer que acababa de ver en el bote.

– ¡Jesús, María!, exclamó. ¡Mi hijo, mi hijo!

Todos los pasajeros se precipitaron hacia la parte del puente donde yo estaba cerca de la escalerilla.

Entonces vi que la pequeña embarcación zozobraba, y que dos marineros trataban de salvar al barquero, el cual había perdido el equilibrio al tratar de coger la cuerda.

Otro había saltado desde la escalerilla y conseguido salvar á la mujer en el momento en que iba á ser arrastrada bajo la rueda del vapor. Un instante después hallábase ya segura á bordo.

Pero ¿y el niño?... ¿Dónde estaba?

El último movimiento de las ruedas había dado impulso á nuestro vapor, y á larga distancia de éste veíase flotar sobre las olas un sombrerito de paja, cuyas cintas azules ondulaban á merced del viento.

Hubo un instante de silencio profundo, efecto de un espanto angustioso, y después oyóse un sordo rumor. El niño acababa de aparecer en la superficie del agua, y después de agitar sus manecitas hundióse de nuevo.

– ¡Está perdido!, exclamamos nosotros.

No; la cabecita de la criatura reapareció segunda vez, destacándose como un punto negro sobre el agua espumosa; mas apenas acabamos de verla, un grito que partió de la obra muerta atrajo mis miradas en otra dirección, y distinguí en el agua la silueta de un vigoroso nadador que se dirigía hacia el punto negro.

Lenta y metódicamente el hombre avanzaba, maniobrando como si nadase por recreo; sus movimientos no indicaban ni afán ni esfuerzo alguno, ni tampoco temor ante el peligro inminente que amenazaba al niño. Había algo exasperante en aquella extremada indiferencia, y el instinto, que hace comprender á cada individuo de una multitud lo que los otros piensan, hízome comprender que en aquel momento el nadador era para todos los espectadores objeto de una impaciencia indignada más bien que de admiración. Comprendíamos que el nadador no hacía uso de la mitad de sus fuerzas.

El hombre llegó por último á pocas brazadas del niño, y hubiera bastado un enérgico esfuerzo para salvarle... Pero el nadador no le hizo, y perdióse la última esperanza. Con sólo alargar sus brazos robustos hubiera podido aquél coger el faldón de la pequeña blusa, que había desaparecido otra vez. La criatura no remontaba á la superficie, y la multitud profirió un grito de angustia y de reproche.

Mas el nadador no pudo oirlo porque también acababa de desaparecer debajo del agua; mis miradas se fijaron en el punto donde le habíamos visto sumergirse, y tan impresionados estábamos que pude oir la respiración oprimida de todos los presentes.

Un momento después, al doloroso silencio siguiéronse aplausos y gritos de alegría. Lejos del sitio donde le perdimos de vista, el nadador reapareció de repente; pero esta vez con el niño en sus brazos.

«¡Salvado al fin! ¡Loado sea Dios!»

Tal fué el grito que todos profirieron.

El hombre volvió hacia el vapor más perezosamente aún que cuando se alejaba; seguía la corriente, dejándose llevar por el movimiento del agua, é impeliendo ante sí, como cosa inerte, á la criatura que acababa de salvar, en la que sólo una ligera convulsión revelaba un resto de vida. El nadador, sin embargo, no parecía hacer el menor aprecio del niño que acababa de salvar de la muerte ni del interés de que era objeto, y con imperturbable calma llegó al vapor.

Una sola fisonomía de entre todas no revelaba ninguna de las agitaciones que acabábamos de experimentar; sola una mirada escapaba á mi penetración, mirada fría y enigmática que nada me permitía adivinar. Y cuando quise sondearla me estremecí, pues figuróseme oir de nuevo la nota aguda del oboe, que parecía venir de un mundo interior aunque lejano.

Por eso experimenté casi un sentimiento de terror cuando al levantar la cabeza vi una mujer joven, sola y sentada sobre la escotilla, dominando la multitud, como la hechicera en su roca fatal. Su belleza era extraña; era la hermosura fría, y sin embargo conmovedora, que las leyendas han atribuído á la terrible *Lorelei*. La mujer oprimía alrededor de su pecho un chal de seda que marcaba el gracioso contorno de sus hombros.

Al observarla, imaginé vagamente que debía haber estado en aquel sitio hacía largo tiempo, y que sin duda no la habría visto á no mediar un incidente (como ya había sucedido con el *Caballero enlutado*) que llevó mi curiosidad más allá de la trivial esfera en que no debían producirse dos apariciones de aquella naturaleza.

Se acababa de botar una barca para recoger al nadador, cuyos movimientos habíamos seguido con interés tan palpitante; cuando estuvo cerca colocó en ella al niño, negándose á saltar á su vez, y mientras que en el puente la multitud se agolpaba alrededor de la pobre madre para felicitarla cordialmente, el salvador de su hijo subió al vapor sin que nadie le viera. Nadie se ocupó ya de él, y ni siquiera me fijé yo tampoco en su regreso, pues hallábame fascinado aún por los ojos de *La Lorelei*.

De repente observé que el *Caballero enlutado* estaba delante de ella; pero ¡qué cambio en el aspecto de aquel hombre! Por primera vez me fijé en la belleza de sus facciones y en el noble aspecto de su persona. Parecía poseído de profunda emoción; hubiérase dicho que todo su ser estaba sometido á la influencia de una agonía moral, en la que se adivinaba una pasión inmensa, una súplica angustiosa.

Fría y muda como la muerte, la hermosa *Lorelei* contemplaba al *Caballero enlutado*.

El hombre se inclinó hacia ella, y con voz cortada por la emoción, murmuró estas palabras:

– ¿Aún me dirás que nunca?

– Sí. ¡Jamás!...

Era la nota aguda del oboe.

El *Caballero enlutado* no replicó, pero noté en su rostro una palidez lívida. Muy pronto, sin embargo, sus facciones recobraron su expresión habitual, ó más bien dicho, su falta de expresión, y desapareció por la escalera en dirección á la cámara, silencioso é inadvertido.

Poco después me llamaron para prestar mi auxilio al pequeño náufrago y fuí á verle al punto.

Era la primera vez que ejercía como doctor en medicina; pero bastóme un buen examen para asegurarme de que un simple cordial le volvería todas sus fuerzas, y disponíame á extender la receta cuando un anciano ayuda de cámara se presentó ante la madre, y saludándola con profundo respeto, suplicóla de parte del señor conde de Roseneck y de su señora que tuviera á bien trasladarse con su hijo á la cámara que ocupaban, donde se habían preparado todas las comodidades necesarias para el niño.

Los viajeros en camino de hierro no son más que nómadas aislados, pero los que van á bordo de un vapor constituyen una comunidad, en la cual se forma una especie de opinión pública por medio de la libre discusión. Nuestra comunidad del *Lorelei* se había impresionado mucho por el acontecimiento del día, y todos se preguntaban:

«¿Quién puede ser el *Caballero enlutado?*»

Interrogado el mayordomo sobre este punto, nos contestó que aquel misterioso extranjero era el conde de Roseneck, poseedor de un inmenso mayorazgo en la Silesia prusiana; pero no sabía más.

La dama que tanto nos había llamado la atención era, por lo tanto, esposa del conde.

¡Una simple condesa silesiana! ¡He aquí el hecho trivial que mi imaginación sobrexcitada había rodeado de tantos misterios! Otros, no obstante, habían observado la indiferencia de la condesa ante la noble conducta de su esposo, «un hombre, decíamos nosotros, del cual se hubiera enorgullecido cualquiera mujer.»

La joven berlinesa que tan calurosamente había defendido la causa de *La Lorelei* legendaria, fué la que más se indignó por la falta de corazón que nos extrañaba en la imagen viviente de la cruel hechicera.

Sin embargo, el subteniente opinó que la acción del conde no merecía los elogios tributados, y esforzóse mucho para probarlo así.

– Cualquiera que haya estudiado, como yo, dijo, en la Schwimschule de Potsdam los verdaderos principios de la natación, os dirá que solamente la casualidad ha salvado esa criatura, á pesar de los esfuerzos torpes del conde.

– ¡Cómo!, exclamó la berlinesa, ¿le parece á usted que el conde ha sido torpe?

– Mucho.

– ¿Pues qué debía hacer para salvar mejor á la criatura?

– Es difícil de explicar, repuso el subteniente; pero lo hubiera demostrado salvando yo mismo á la criatura si no me lo hubiese prohibido el uniforme.

Un comerciante de Hamburgo que escuchaba con impaciencia aquella conversación, no pudo menos de observar que la pobre madre debía tal vez la vida de su hijo á los apreciables sentimientos que tan bien habían preservado de una mojadura al uniforme del subteniente.

– Bien sabido es, añadió, que el peligro más de temer en toda tentativa para salvar á los náufragos proviene de los esfuerzos que éstos hacen para escapar de la muerte por sí mismos. El conde hubiera podido fácilmente alcanzar á la criatura antes de hundirse; pero comprendió que sería mejor esperar á que sus fuerzas se agotasen del todo, y la cogió bajo la superficie en el momento preciso en que su pasividad facilitaba su salvación.

El subteniente no se dignó continuar la discusión y alejóse de aquel sitio, haciendo resonar sus espuelas y su sable y murmurando desdeñosamente: *¡Burger Philister!*

Entonces otro pasajero que no había tomado parte aún en la conversación, nos dijo que en Heligoland el conde de Roseneck era conocido en todas partes como hábil é intrépido nadador.

– Hace algunos años, continuó este pasajero, durante mi permanencia en aquella isla por cuestión de salud, oí los más maravillosos relatos sobre sus hazañas. Entre otras cosas de que aún me acuerdo, refiriéronme que cierta noche de tempestad una barca pescadora con cinco marineros naufragaba á la vista del puerto. El mar estaba tan alborotado, que ninguno entre los más intrépidos (y había varios que eran parientes próximos de aquellos infelices) osaba aventurarse para prestarles auxilio. La multitud contemplaba en la playa, poseída de angustia y desesperación, aquella espantosa desgracia, cuando de pron-

to un hombre, un extranjero, penetrando entre los espectadores, cogió un cable que no se había podido utilizar, y ató en la punta una cuerda muy corta que llevaba en el bolsillo. Después, sin pronunciar palabra, sumergióse en las rompientes. Que pudiera llegar al sitio del naufragio sin perecer, consideróse como milagro, mayor aún de lo que pudiera serlo salvar la tripulación poco después. Y ahora, caballeros y señoras, añadió el narrador, debo advertir que la persona á quien ustedes dan el siniestro nombre de *Caballero enlutado* es familiarmente conocida de los pobres pescadores de Heligoland bajo el calificativo más simpático de *Terranova*.

– ¡Ah!, exclamó la rubia berlinesa, ¡qué novelesco es eso, Dios mío! Rogaré á la señora condesa de *Terranova* que me dispense por la opinión que de ella formé. Puesto que su esposo es tan buen nadador, sin duda no tenía motivo para inquietarse, ni por ella ni por su marido.

– Muy bien puede ser eso verdad, dijo un hombre de majestuoso porte que nos pareció un consejero privado, pues he visto que llevaba en el ojal del pardesús una punta de cinta amarilla; pero yo sé por buen conducto que la condesa tiene la cabeza...

Y sin terminar la frase aplicóse un dedo á la frente con expresivo ademán.

– ¡Loca! ¿Está usted seguro? ¿Cómo ha podido saberlo?, preguntaron todos á la vez.

– Por una pura casualidad, contestó el consejero. El hecho es bien conocido en Silesia, y me lo refirieron el año pasado en Breslau. ¡Pobre mujer! A mí me parece que el conde ha hecho mal en no someterla á un tratamiento médico, enviándola á Dobling, por ejemplo, pues allí se hacen curas maravillosas. De todos modos, dicen que el conde es el mejor de los maridos, y tan celoso en los cuidados que exige la salud de su infeliz esposa, que no puede soportar la idea de una separación, aunque sólo fuese por un día.

Este último detalle hizo cambiar de nuevo mis ideas.

– Caballero, dije al que hablaba, dispense V. la curiosidad de un estudiante en medicina; pero he tenido ocasión hace poco de ver á esa señora, y aunque observé en su fisonomía y sobre todo en sus ojos una expresión singular, confieso que no la hubiera atribuído á locura.

– ¡Oh!, repuso el consejero, yo no creo tampoco que sea locura tal como V. puede entenderla, caballero, y por lo mismo me he guardado bien de pronunciar esa palabra hace un momento. Yo supongo que es una especie de melancolía inofensiva, sin alucinaciones ni arrebatos; pero el aniquilamiento es total, según se me ha dicho. A ello se debe que esa infeliz sea incapaz de interesarse por la menor cosa, ni de pensar en nada, y hasta ni siquiera se da cuenta de lo que ve. Es una especie de estupidez.

– Pero, repuse yo, en el esposo de esa señora, según hemos observado todos, no se manifiesta ninguno de tales síntomas, y sin embargo, he creído notar en sus ojos también una expresión especialmente extraña, aunque algo diferente. Tal vez debería yo decir que hay falta de expresión.

– Es posible, contestó el consejero. Yo creo que son primos.

– ¿No ha oído V. hablar nunca de alguna causa que pudiera determinar esa afección mental?

– Jamás; tal vez sea hereditaria. El conde tiene fama de hombre muy instruído, gran sabio, casi médico y de profundos conocimientos en la fisiología y la química. Tal vez haya hecho del caso de su esposa un estudio especial y esté convencido de que es incurable. Pero dispénsenme Vds., necesito mi saco de viaje y es tiempo de ir á buscarlo.



El «Caballero enlutado»

La marcha del consejero puso término á esta discusión, é imitando su ejemplo la mayor parte de los viajeros comenzaron á ocuparse de sus equipajes. El incidente ocurrido en Saint-Goar había retardado de tal modo la marcha de nuestro vapor, que el sol se había puesto casi cuando pasamos lentamente bajo las sombrías murallas de la vieja ciudad de Colonia.

El pequeño grupo se dispersó, pues, y yo me dirigí hacia la proa, entregado á una profunda meditación.

La noche estaba tranquila, y todo parecía dormir; las ruedas del vapor giraban lentamente, y nos deslizábamos sin ruido por la sombra de la antigua ciudad. En el horizonte, por la parte de Occidente, divisábanse todavía fulgores de un tinte anaranjado; y sobre ellos se elevaba la torre maciza de la catedral, destacándose sombría en el crepúsculo del cielo.

En la cúspide de aquella torre, semejante á un hechicero que mira desde la altura de su torreón, vi la enorme grúa, primer objeto entonces que se ofrecía á la vista de cuantos viajeros entraban en Colonia Su brazo gigantesco se extendía hacia el Drachenfels, cuyas canteras habían servido para levantar, piedra por piedra, la sombría construcción en que reposaba; y allí en un aislamiento entre el cielo y la tierra, semejante á una enorme ave de rapiña, la inmensa máquina parecía contemplar con tristeza la roca devastada.

Y al fijar mi vista en aquella solitaria imagen, parecíame que decía tal vez á la antigua roca: «¡Irreparable es el pasado, que te ha reducido á una ruina, convirtiéndome á mí en una soledad; reconciliémonos!»

II

APARICIONES

Durante el resto de mi viaje á París no me ocurrió ningún incidente, ni tampoco durante los tres primeros años de mi permanencia en la gran capital. Consagré este tiempo completamente á los estudios de mi profesión, y pasaba los días en los hospitales, examinando lo que el lenguaje poco sentimental de la medicina llamaba «casos interesantes.» Durante la noche estudiaba y tomaba notas sobre ellos en mi tranquilo alojamiento del muelle de San Miguel. A los tres años me consideré apto para practicar la medicina en mi país; pero no podía resolverme á marchar sin trabar conocimiento con esa exquisita sociedad parisiense que desde el tiempo del gran rey pasa en Europa por árbitra del buen gusto.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

QUIMICA RECREATIVA. – EL HIDRÓGENO

Una tempestad en un vaso. – Tomemos un vaso ordinario y echemos en él algunas recortaduras de cinc y ácido clorhídrico, de modo que unas y otro apenas cubran el fondo de aquél: inmediatamente se produce un desprendimiento tumultuoso de gases. Aproximemos, sin pérdida de momento, un fósforo encendido á la boca del vaso, y el gas arderá con una serie de explosiones exentas de peligro. Si tratamos de extinguir este incendio arrojando agua, no lo lograremos, sobre todo en los primeros momentos; antes al contrario, la llama se avivará; sin embargo, muy pronto reinará de nuevo la calma. El gas que ha ardido es el hidrógeno, uno de los elementos del agua.

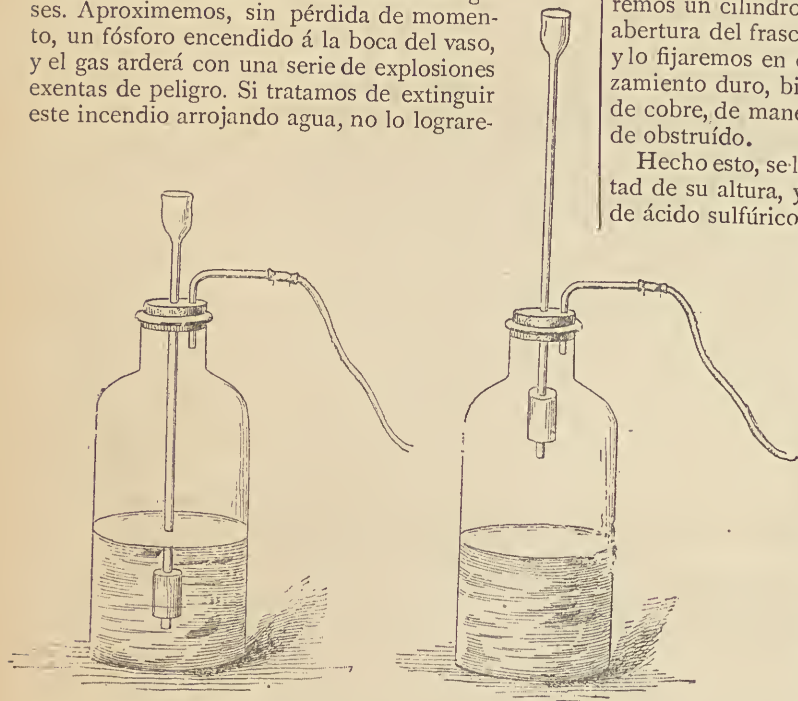


Fig. 1. Aparato para obtener hidrógeno por medio de la descomposición del agua durante la operación. – Fig. 2. El mismo al terminar la operación

Nuestro aparato. – El hidrógeno se prepara siempre descomponiendo el agua por medio de un metal: en la industria se emplea el hierro; en los laboratorios el cinc.

Para la preparación de los gases es muy cómodo poner un aparato que permita obtenerlos á voluntad: esos aparatos, mal llamados continuos, más merecen el nombre de intermitentes. Los dispositivos al efecto empleados son en gran número, en su mayoría muy prácticos, y exigen un material considerable y un montaje muy esmerado.

He aquí una disposición sencilla que puede aplicarse también á la preparación de otros gases. Tómese un frasco de medio litro de cabida y de ancho cuello, que se cerrará con un buen tapón de corcho, provisto de dos agujeros, uno para dar paso á un tubo de embudo que hace las veces de tubo de seguridad para dar salida al agua acidulada si el desprendimiento fuese demasiado rápido, y otro por el cual se introduce un pequeño tubo de cristal encorvado en ángulo recto, en cuyo extremo se fija un tubito de caucho destinado á conducir el gas á la cubeta de agua en donde éste es recogido.

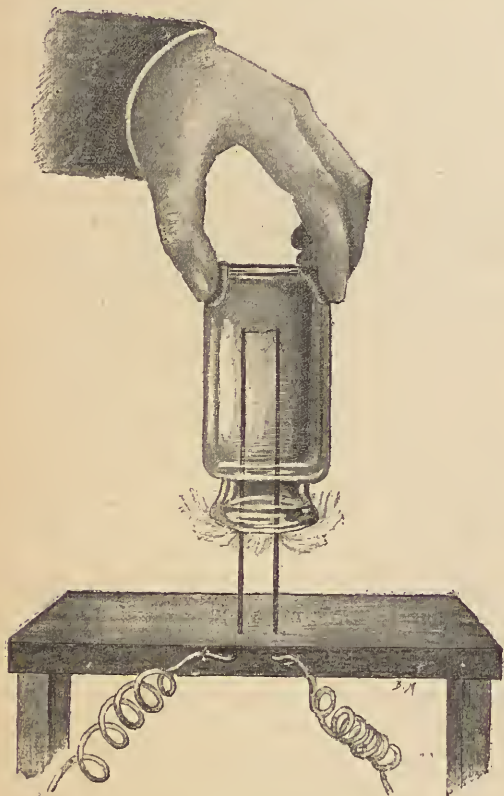


Fig. 3. Conductibilidad del hidrógeno

Con una lámina de cinc de 4 centímetros de ancho por 10 de largo que arrollamos en espiral formaremos un cilindro, cuyo diámetro sea menor que la abertura del frasco para que pueda penetrar en éste, y lo fijaremos en el tubo de embudo, bien sea por rozamiento duro, bien atándolo con un fuerte alambre de cobre, de manera que el extremo de aquél no quede obstruído.

Hecho esto, se llena con agua el frasco hasta la mitad de su altura, y se le añaden algunos centímetros de ácido sulfúrico, tapando en seguida el frasco con el tapón de corcho. El agua acidulada ataca el cinc (fig. 1) y el desprendimiento se efectúa.

Cuando ya no se necesita el gas, se levanta el tubo de embudo de manera que el cilindro de cinc quede fuera del agua (figura 2) y el desprendimiento gaseoso cesa en el acto.

De esta suerte puede disponerse de un aparato de confección fácil y siempre dispuesto á funcionar. Cuando no se haga servir durante un rato de una ó dos horas, es preciso tirar el agua acidulada y lavar muy bien el cinc para quitar el sulfato de cinc que sobre su superficie se ha formado.

Por este procedimiento podemos verificar los muchos experimentos á que el hidrógeno se presta, tales como la lámpara filosófica, la armónica química, la difusión, etc.

La ligereza del hidrógeno ha sido utilizada para la construcción de los aerostatos, aunque en muchos casos es para éstos preferido el gas del alumbrado, que si bien es más denso y tiene por ende menos fuerza ascensional, posee en cambio la ventaja de no necesitar ningún aparato especial, pues con sólo dar vuelta á una llave está hecho todo el trabajo. Esto no obstante, en 1878 el gran globo cautivo Giffard se hinchaba con hidrógeno preparado, en el mismo recinto reservado á los visitantes, con hierro viejo y ácido sulfúrico diluído. En la actualidad el hidrógeno desempeña un gran papel en la aerostación militar, puesto que los globos á este servicio destinado deben ser hinchados casi siempre en el campo, lejos de toda fábrica de gas. Un carro transporta todo lo necesario para la preparación del hidrógeno.

Durante la campaña del Sudán, los ingleses se servían también de los globos que hinchaban con hidrógeno fuertemente comprimido en tubos de hierro muy resistentes expedidos desde Londres.

El hidrógeno es buen conductor del calor y de la electricidad. – El aire y el gas, cuando son muy secos son malos conductores del calor y de la electricidad. De esta regla se exceptúa el hidrógeno, y ésta es una de las muchas razones que le aproximan á los metales, á pesar de su estado gaseoso á la temperatura ordinaria.

Dos elementos Bunsen y un pequeño aparato que nosotros mismos construiremos nos permitirán demostrar esta propiedad de una manera fácil y clara.

Fíjense verticalmente en una tabla de madera dos alambres de latón de 3 milímetros de diámetro por 10 centímetros de altura, colocados á una distancia de 15 milímetros uno de otro y unidos en su extremo superior por un alambre finísimo de platino (figura 3), y únanse los dos hilos procedentes de la pila á los extremos inferiores de los alambres, debidamente desoxidados por medio de un lavado de ácido azótico diluído ó de una ligera limadura. Abierta la corriente, el alambre de platino se pone incandescente, pues á causa de su pequeña sección ofrece mucha resistencia al paso de la electricidad; si entonces se cubre todo el aparato con un vaso ó bocal lleno de hidrógeno, este gas se inflama en la abertura de aquél, produciendo una pequeña explosión, y aunque la corriente continúa, el alambre de platino pierde su incandescencia; lo cual prueba que el hidrógeno es buen conductor, pues aumenta la sección del alambre de platino, del que, por decirlo así, forma parte, y disminuye la resistencia al paso de la corriente eléctrica. Retirado el vaso, el platino vuelve á enrojecerse.

Las mezclas explosivas y los balones de colodión. – Si se ponen en presencia el hidrógeno y el oxígeno en las proporciones que forman el agua (2 volúmenes del primero y 1 del segundo) y se aproxima á esta mezcla una llama, se produce una fuerte detonación y el vaso se rompe, á menudo no sin riesgo para el experimentador.

Para precaver todo peligro en el experimento puede encerrarse la mezcla en un balón de colodión, que se atravesará con un hierro candente, á cuyo contacto aquélla estallará con estrépito parecido al de un cañonazo, pero los fragmentos no serán peligrosos porque consistirán en pedazos de algodón que se dispersarán por el aire.

El colodión es una disolución de algodón nítrico en una mezcla de alcohol y de éter: el usado para nuestro experimento contiene un 4 por 100 de aceite ricino para que se seque más pronto, debiendo agitarse mucho la mixtura á fin de que se mezcle bien: este líquido, ya preparado así, se vende con el nombre de colodión ricinado.

Tómese un pequeño balón de cristal, viértase en él un poco de colodión, hágasele dar vueltas entre los dedos de modo que el líquido se distribuya uniformemente por su superficie, incluso el cuello, y déjesele secar durante tres ó cuatro horas boca abajo en un sustentáculo, como lo indica la fig. 4, con lo que el balón queda interiormente cubierto de una delgada capa de colodión que es preciso extraer sin romperla. Para ello se coge esta capa por los hilos de celulosa que penden alrededor del cuello, y separando con el dedo la parte superior de aquélla é introduciendo el dedo entre el cuello y la laminilla separada se vierte agua gota á gota entre uno y otra. Estas gotas hacen pronto presión sobre la pared del balón, se introducen entre ella y la capa de celulosa y caen al fondo levantando la capa. Cuando el balón está lleno de agua, fácilmente se quita el balón de colodión, en el cual se insufla aire para ver si tiene algún agujero.



Fig. 4. Fabricación de los balones de colodión

Para hincharlo con la mezcla explosiva se llena primero con ésta una vejiga de cerdo, montada en una espita, que luego se pone en comunicación con el balón y se oprime á fin de que se vacíe en éste por completo.

Cuando el balón está lleno colócasele en una mesa ó en el suelo y se le atraviesa con un hierro candente, produciéndose en el acto una detonación formidable que no deja en el lugar del siniestro más que algunos filamentos, únicos restos del experimento verificado.

F. Faideau

(De *La Science Illustrée*)

* * *

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

ESPAÑOLES É INSURRECTOS. RECUERDOS DE LA GUERRA DE CUBA, *por el coronel retirado D. Francisco de Camps y Feliu.* – Testigo presencial de la mayor parte de los sucesos ocurridos durante esta guerra, y conocedor de los que no presenciara personalmente por datos auténticos y noticias fidedignas de sus compañeros de carrera, que como él derramaron su sangre por la patria en aquella campaña, relátanos el señor Camps, con aquella imparcialidad que prestan al juicio el perfecto conocimiento de los hechos y el amor á la verdad y con aquel estilo sobrio y lleno de vida que tan bien sienta á los que á las armas se han dedicado, y que empleado en descripciones exactas y animadas reproduce en rasgos vigorosos los recuerdos indelebles é interesa á los lectores como la presencia de la realidad misma.

La obra del Sr. Camps, desde el punto de vista histórico, es cual pocas completa: en ella está narrada la guerra de Cuba en sus menores detalles, desde los hechos de armas más sangrientos hasta las más ligeras escaramuzas, y en medio de la descripción de los sucesos desfilan ante los ojos del lector las personalidades más importantes que por ambas partes se distinguieron en aquella lucha.

En cuanto al criterio en que está inspirada, habla por nosotros el mismo autor, quien en el prólogo del libro dice: «...y si aplaudo á los que defendieron mi causa, también es cierto que mi lenguaje no ofenderá á los hombres que expusieron noblemente sus vidas y sus fortunas por una aspiración que la historia oportunamente juzgará.» Y como lo ofrece lo cumple en todas las páginas del libro, no perdonando los defectos en el hermano ni escatimando al adversario los legítimos méritos.

Los deseos que al autor animan están condensados en estas líneas que encabezan el libro: «Si mis recuerdos contienen

algo que pueda contribuir á la unión de todos los cubanos y de éstos con los peninsulares, se verán colmadas mis aspiraciones.»

La obra está editada por la casa A. Alvarez y Compañía (Muralla, núm. 40), de la Habana.

* *

TABLAS GRÁFICAS TAQUIMÉTRICAS, *por D. Ricardo Codorniu y Stárico, ingeniero de montes.* — Consta este libro de siete tablas, litografiadas á dos tintas, para reducir al horizonte distancias medidas con estadia y calcular las coordenadas rectangulares de puntos determinados con instrumentos de graduación centesimal ó sexagesimal: en la 1.ª figuran los logaritmos de los números; en la 2.ª los de las líneas trigonométricas; la 3.ª da la longitud de las líneas trigonométricas naturales, y por la 4.ª se deduce directamente el valor de las coordenadas rectangulares de un punto; las 5.ª, 6.ª y 7.ª son análogas respectivamente á las 2.ª, 3.ª y 4.ª, sin más diferencia que estar construídas aquéllas para la graduación sexagesimal y éstas para la centesimal.

Acompañan á estas tablas, indispensables para la mayor rapidez de la deducción de los datos, 32 páginas de texto que explican el modo de utilizarlas y contienen numerosas fórmulas.

Véndese esta obra al precio de 6'50 pesetas en Madrid y 7 en provincias. Los pedidos deben dirigirse á la librería Gutenberg, calle del Príncipe, 14, Madrid.

* *

FABRICACIÓN DE JABONES DE TODAS CLASES, *por D. F. Balaguer*, cuarta edición, aumentada con todos los últimos procedimientos. La mejor recomendación que podemos hacer de esta utilísima obra es el hecho de haberse agotado en pocos años tres numerosas ediciones. La que ahora anunciamos está ilustrada con 35 grabados, y en ella se trata con toda extensión de la composición y fabricación de los jabones blandos, en frío, de tocador, de huesos, veteados, blancos, de aceite de orujo, de color, diáfanos, de glicerina, de coco, caseros y otras muchas clases que la falta de espacio nos impide citar, y que hacen sea esta obra la más completa en su clase. Su precio es 4 pesetas en Madrid y 5 en provincias, remitida franca de porte y certificada, haciendo el pedido á la librería de Hijos de D. J. Cuesta, Carretas, 9, Madrid.

* *

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor.* — Notable es bajo todos conceptos el cuaderno 9 de esta importante obra, que hemos recibido. Con él, además de ocho páginas de interesante texto profusamente ilustrado con bonitos grabados intercalados, se reparte á los señores suscriptores seis magníficas fototipias.

Suscríbese en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, y en las principales de las demás provincias.



ESTUDIO DEL PINTOR GEZA PESKE. (Véase el artículo inserto en el núm. 479.)



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN